

DEL MAESTRO

Adular á los pueblos sería peor que adular á los reyes; la adulación á los unos supone bajeza y á los otros cobardía.

Los pueblos no tienen el derecho de acusar indefinidamente por sus faltas á los gobiernos. Aceptar la opresión, acaba por suponer en cierto modo complicidad.

La pusilanimidad de un pueblo, cuando llega á soportar un yugo del que pudiera libertarse haciendo un esfuerzo de voluntad, traspasa los límites de la paciencia que deben tener los hombres honrados.

Entre el gobierno que hace el mal y el pueblo que lo consiente, hay cierta solidaridad vergonzosa. El sufrimiento es venerable, pero el yugo no debe sufrirse.

VÍCTOR HUGO

¡A la acción!

El pueblo español debe ahora demostrar que hace suyas esas palabras del gran maestro. Basta ya de quejas y lamentaciones; ¡a la acción!

Si se le pidiera al pueblo que tomase un fusil y se echara á la calle, podría empezar preguntando: «¿dónde está el fusil?...» Pero no se le pide tanto. Se le pide únicamente que proteste en la forma más legal é inofensiva, de los gobiernos que anteponen los intereses generales á los particulares, crean privilegios para que se enriquezcan los plutócratas y aumente la miseria del pueblo, y fomentan y apoyan al clericalismo.

¿Se negará el pueblo español á hacer esto? Pues será cómplice, como dice Víctor Hugo, de esos gobiernos, merecerá que lo traten cada vez peor, y dará la razón al poeta español, que dijo:

El pueblo que es esclavo, debe serlo.

Merienda ciudadana

El gobierno prohibió que se celebrara la proyectada en Madrid para el domingo último, fundándose en que se había pedido tarde la autorización. Nimiedad ridícula.

Esto ha dado lugar á que se piense en algo más importante: celebrar el 18 en toda España una *Romería Cívica y Nacional*.

Si España, como creo, responde, los conservadores caerán, á pesar de la ayuda que les presten liberales, demócratas y ciertos republicanos.

A ello, pues, y la política entrará en cauces nuevos.

LA ROMERÍA CÍVICA Y NACIONAL

Se verificará el domingo 18 de Abril, previo permiso de la autoridad competente. A fin de obtenerlo con la antelación necesaria para la propaganda y evitar pretexto, hoy mismo entregarán los diputados por Madrid D. Benito Pérez Galdós y D. Luis Morote la solicitud al señor gobernador civil.

Como por feliz iniciativa del senador por Guadalajara y diputado por Barcelona, don Juan Sol y Ortega, por indicaciones hechas de distintas ciudades, la romería se ha de verificar el mismo día 18 en toda España, en la solicitud se ha ampliado la convocatoria, señalando dos fines á la romería cívica nacional: uno general ó español; otro local, madrileño. El segundo es pedir al Gobierno inspire sus actos, en lo relativo al Canal de Isabel II, en la proposición de la minoría republicana del Ayuntamiento de Madrid.

El primero, el nacional, es este: PROTESTAR CONTRA LA CONDUCTA POLÍTICA DEL GOBIERNO, CONTRA LA INVASIÓN CLERICAL TRIUNFANTE, CONTRA SU TENDENCIA REACCIONARIA Y CONTRA LOS PRIVILEGIOS QUE INJUSTAMENTE DISPENSA Á LA PLUTOCRACIA CON DAÑO DE LA CULTURA, LA PRODUCCIÓN, EL COMERCIO Y EL TRABAJO, Y RECLAMAR LA ABROGACIÓN Ó REFORMA DE LA LEY DE JURISDICCIONES Y UNA AMNISTÍA PARA LOS PROCESADOS Y CONDENADOS POR DELITOS DE ÍNDOLE POLÍTICA Ó SOCIAL.

A esta aspiración nacional, cada región, cada provincia, cada pueblo, añadirá, como hace Madrid, una protesta ó reclamación de índole local. Así, Barcelona pedirá la aprobación del acta de su diputado Lerroux; Galicia, la redención de foros; Navarra y Vas-

conia, la autonomía de los Municipios; soluciones agrarias que libren del hambre al proletariado Andalucía y Extremadura.

En provincias, los organismos que tomen la iniciativa para verificar la romería cívica patriótica, deben apresurarse á presentar la instancia.

No se ha querido que el pueblo de Madrid celebrara su triunfo moral del 28 de Marzo, y será todo el pueblo español el que conmemore lo pasado y oriente hacia el porvenir.

Almas nobles

¡Qué justos, qué equitativos, qué imparciales!

Me refiero á los liberales, á los demócratas y los republicanos que en el Congreso canonizaron á Maura.

¡Y luego se habla de intransigencias y de que la política no tiene entrañas! Las tiene, ¡y tan dulces, tan tiernas!

Verdad es que no lo hicieron por defender á Maura, si no por dar una apariencia de disculpa á su falta de asistencia á la Manifestación.

Pero así y todo, ¡qué imparciales, qué equitativos, qué justos!

Si se interesaran tanto por los intereses de la nación como por patentizar ante el mundo la honradez de Maura, España sería el pueblo más bien gobernado de la tierra, y el más próspero, y el más feliz.

Bien se conoce que, aunque católicos, siguen las enseñanzas de Cristo, en lo de poner la mejilla izquierda cuando les abofetean la derecha, y en llevar hasta lo vergonzoso el perdón de las ofensas!

Y digo aunque católicos, porque los católicos ni olvidan, ni agradecen, ni perdonan nunca al contrario.

No hay más que ver cómo tratan á todo aquel que huele á liberal; ¡qué al que huele? al que despierte el más leve tufo.

Por esto no me cansaré de repetirlo: ¡Almas nobles! ¡Hombres buenos! ¡Varones justos! ¡Palomas sin hiel!

INCONSECUENCIA

Cualquiera nos entiende.

Nos pasamos la vida condenando la conducta política de ciertos hombres; su acomodamiento con los monárquicos; el poco interés que se toman por los asuntos del partido; la oposición tibia y como contratada que hacen en el Parlamento. Y cuando alguno de esos hombres hace lo que el Sr. Azcárate ahora, renunciar al acta de diputado porque sus electores se adhieren á la Manifestación del día 28, nos falta muy poco para llorar y echarnos á sus plantas rogándole que por favor, por caridad, por los clavos de Cristo Señor Nuestro, retiren la renuncia y se dignen continuar prestándole á la monarquía todo el apoyo que quieran y en la forma que les dé la gana.

Y los adjetivos honrado, eximio, integerrimo, sabio, gloria de España y orgullo de la humanidad, chocan, se cruzan, vuelan de aquí para allá, hasta posarse en la cabeza de aquel á quien el día anterior aplicábamos el calificativo de traidor ó poco menos.

Siguiendo con este veleidoso procedimiento, no me extrañaría que saliésemos alguna vez en rogativa, llevando en andas al santón, para rogarle que se dignara concedernos la alta honra de escupirnos, en premio á nuestra abyección y servilismo.

Republicanos: un poco más de seriedad. Si el fetichismo era vergonzoso aun tratándose de hombres como Pi y Margall, Castelar, Ruiz Zorrilla y Salmerón, que al fin y al cabo hicieron algo, ¿qué no resultará aplicándolo á Azcárate, Labras, Alvarez y demás medianías que nada han hecho?

Esos hombres carecen de fuerza real; sólo tienen lo que nosotros les damos. ¿A qué, pues, lamentarnos si nos dejan? ¡Ojalá hubiéramos tenido valor para echarlos hace mucho tiempo! ¿Qué podía habernos sucedido? ¿Que no tuviéramos República? Pues así estamos. Pero tendríamos, por lo menos, más fe, más esperanzas, más entusiasmos, todo lo que esos hombres han aminorado, ya que matarlo no han podido, con sus irresoluciones, sus cobardías y sus egoísmos.

Hasta que no nos curemos completamente de la manía, ó el vicio, de hacer de un

cualquiera un grande hombre, no iremos á ninguna parte.

Y la prueba de que para nada nos hacen falta esos hombres, acabamos de verla. Fueron á la Manifestación del 28? No. Y, sin embargo, la Manifestación ha influido más en la marcha de la política, que todos los discursos pronunciados en los diez años últimos por esos eminentes señores en el Senado y el Congreso.

Aprovechemos la enseñanza, y adelante.

El ministro de Fomento, Sr. Sánchez Guerra, ha dicho en su reciente excursión á Jerez:

«Si algo sano queda en este país es el pueblo.»

Enteramente conforme.

Pero entendámonos. Si el pueblo es lo único sano, y protesta contra los conservadores, ¿por qué éstos no se van?

Sería la única manera de demostrar que les importa la opinión de las gentes verdaderamente honradas.

DON GUMERSINDO

Con este título publicó el 24 de Mayo de 1908 *Las Novedades*, periódico independiente, un artículo del cual copio los siguientes párrafos:

«No hemos creído nunca á D. Gumersindo un Aristides, pero si estamos cansados, como el rústico griego, de oírle llamar el «justo». D. Gumersindo no es precisamente D. Melquiades, pero bajo una aparente severidad oculta flaquezas poco en armonía con su representación republicana. Es él, con algunos otros, quien ha hecho huir la fe del partido republicano con una oposición parlamentaria que á la legua se advierte ser convenida, de traspantojo y de mirame y no me toques. D. Gumersindo es amigo, y amigo íntimo, de los jefes monárquicos; amigo íntimo de Maura, amigo íntimo de Moret. Si éstos se llaman Rafael y Baltasar, D. Gumersindo representaría muy bien el personaje de «La diva»; pero de todas maneras, muchísimo de comedia hay y ha habido siempre en la conducta política de D. Gumersindo.

Hay en el teatro catalán (y ni el pensamiento ni la pluma pueden apartarse de las cosas teatrales cuando se habla del diputado republicano) un personaje que tiene «la vanidad del chaleco», «l'orgull del gec». El chaleco de D. Gumersindo empezó por una traducción, á la que siguieron otras y otras y otras. El chaleco se fué alargando, y se convirtió en chupa, chupa de sabio con adornos de tratadistas ingleses. Pero D. Gumersindo tiene ya su chupa, que es más que chaleco, y al que le alaba su chupa se le entrega con alma y vida. Así se da á Moret que por la chupa le pone en la comisión de Reformas Sociales, y se da á Maura que le deja vicepresidente un Congreso.

La política entre los hombres de partidos extremos, y no hay extremos mayores que el republicano y el monárquico, cuando no es intransigencia feroz, se convierte en blando contubernio. Confesada por él mismo la amistad íntima con Maura, ¿cómo este republicano ha de sentir ardores contra Maura y contra todo lo que Maura representa?

El partido republicano ha ido muriendo, muriendo envenenado por los malos ejemplos de estos que antes se llamaban «traidores á la causa» y ahora se les llama «amigos de sus amigos».

En vano es que digáis á D. Gumersindo que la política no tiene entrañas. El seguirá poniendo las ternuras de su corazón en la amistad de Maura y si algo sobre lo cederá á los republicanos para que se entretengan.

Reproduzco este artículo, por hallarme completamente de acuerdo con lo que en él se dice.

Si; el Sr. Azcárate es uno de los sostenedores de la monarquía. Si así no fuese, no hubieran ido Maura ni Dato á suplicarle que retirara la renuncia del acta.

En el juego que se traen liberales y conservadores, les hacen falta los Azcárate que hagan en nombre del partido republicano la oposición en el modo y forma que les convenga. Pero lo que es á nosotros, maldita la que nos hacen.

La teoría de los hombres indispensables está hoy por los suelos, aun tratándose de los que realmente representan un valor ó una fuerza. ¿Cómo no ha de estarlo para las medianías medianas?

La siguiente composición parece haber sido escrita para demostrar eso que afirmo:

A muertos y á idos...

Un reverendo padre franciscano, guardián de un convento

de un ataque de cólera violento se hallaba de la muerte muy cercano

En torno del paciente, ya la comunidad aparentaba sentir profundamente la pérdida tal, mientras con voz doliente así el fraile á sus siervos arengaba: —Veo vuestro dolor, caros hermanos, y el mío no es menor, si considero que huérfanos quedais. Decid, Dios mío, ¿qué será del convento si yo muero? ¿Podréis vivir sin mí? ¡Qué desvarío! Cuando yo os abandone, lo presiento, ¡adiós comunidad y adiós convento!

Un lego entre los frailes se encontraba de genio audaz y adusto, y, conteniendo apenas su disgusto, por contestar al padre reventaba. Rompió al fin el silencio, y dijo: —Vaya, ¿por qué tanto desmayo nuestro santo guardián? Muera tranquilo; que cuando de sus días corte el hilo la miserable Parca, ya veremos los que aquí nos quedamos, lo que hacemos Morir es de la vida el desenlace (añadió el lego con acento arisco). Se murió nuestro padre San Francisco y... maldita la falta que nos hace.

Después de haber leído esos versos, creo que habrá pocos republicanos que no se sientan consolados de la pérdida (temporal) que hoy sufrimos. Si el fundador de una orden religiosa no hace falta á los suyos, ¿cómo echar de menos á un padre guardián? Doblemente si es un guardián al estilo del señor Azcárate, que nada hizo nunca en favor de su convento.

Porque dejémoslos ya de frases hechas. ¿Qué servicios ha prestado el Sr. Azcárate á la República? ¿Qué le debe el partido? Aun democráticamente, ¿qué ha hecho que no pueda hacer cualquiera? Y si esto es así, ¿á qué vienen ahora esas lamentaciones por que ha tomado una resolución que deberían tomar otros cuantos?

¿O es que, cuando no tenemos á quien engañar, nos engañamos á nosotros mismos por no perder la costumbre?

El obrar y el decir

Mientras aquí juzguemos á los hombres por sus palabras y no por sus hechos.

Mientras con una caída de latiguello puedan los cómicos de la oratoria hacer olvidar tres actos de payasadas.

Mientras sea fácil borrar con una frase de hoy veinte inconsecuencias de ayer...

Podrán vivir y engañar al pueblo todos los Melquiades.

Porque pronunció un discurso de tonos vivos contra Maura, lo ha elogiado mucho la prensa, sin advertir, ó más bien prescindiendo, que tronó contra los Monopolios estando él amparando con su nombre y su prestigio al de la Azucarera.

El cinismo no puede llevarse por él más allá, ni la benevolencia de la prensa tampoco.

Por estos hechos y otros parecidos, me explicaría que la opinión volviese un día completamente la espalda á oradores y periodistas.

La sinceridad es moneda que cada vez circula menos en el mercado público.

¡Volverá!

¡Oh vosotros, republicanos que lloráis la ausencia del Sr. Azcárate en el Congreso! Enjugad vuestras lágrimas al calor de esta consoladora noticia: ¡volverá pronto á su España!

Si; en las primeras elecciones que haya, y sea cual fuere el gobierno que las haga, tendrá un distrito, el de León ó otro cualquiera, sin candidato enfrente. Es de justicia. Y además es la costumbre. Casi la tradición.

No se comprende el Congreso sin su presencia. Puede ir funcionando sin Cánovas, sin Castelar, sin Sagasta, sin Pi y Margall, sin Silvela, sin Salmerón... ¿Pero sin Azcárate? No. ¡Imposible! ¡Un hombre tan sesudo, tan sensato, tan recto, tan justo, y sobre todo tan complaciente, que lo mismo acepta de los monárquicos una vicepresidencia, que el único ministerio irresponsable, el del Instituto de Reformas Sociales!

Y luego, ¡tan serio, tan solemne!... Lo repito. No se concibe el Congreso sin el Sr. Azcárate... Por lo tanto, volverá.

Quiero ser el primero en llevar esta consoladora nueva á los que lloran su corta ausencia.

El hombre serio

El señor Azcárate ha renunciado el acta de diputado a Cortes por León, vistiéndose de luto el sistema parlamentario.

Los ministeriales y los hombres de orden quieren sacar partido de esta decepción, predicando lastimeramente: «He aquí, dicen, la consecuencia de vuestros errores; ¿Qué habéis conseguido con la manifestación? Que Azcárate se retire; estareis satisfechos de la obra: el hombre más sesudo del republicanismo español nos abandona.»

El señor Azcárate ha hecho en esta ocasión como el que se abstiene y se enoja: no quiso adherirse al acto realizado por Sol y Ortega, por que el Sr. Azcárate es un hombre serio, pero apenas se enteró de que los leoneses no le habían mandado al Congreso para eso, renunció el acta y se retiró de la política.

El Sr. Azcárate es un prestigioso y una autoridad; es uno de esos hombres que á fuerza de dar lecciones de derecho político desde los escaños de la Cámara popular, ha adquirido fama de sensato; es un republicano de cátedra, y un republicano de cátedra no molesta al gobierno; por eso los conservadores están de luto, porque siempre les conviene á los partidos monárquicos que haya un republicano en las Cortes que les dé la razón.

El profesor de la Central es un republicano austero; desde pequeño vengo oyendo hablar de la austeridad del señor Azcárate; ¿Qué diantre! Yo también lo soy y nunca he oído decir una palabra de la austeridad de «Tartarin». ¿Qué ha hecho el señor Azcárate por la causa republicana? Dar el «morris» electoral en León duran varias legislaturas, sin la oposición del gobierno, á título de republicano sensato: subir á las tribunas y predicar mucho, siempre tan sensato, tan austero, tan comedido: un hombre que pregona un empacho de legalidad, no es peligroso para la monarquía.

Además, el Sr. Azcárate ha tenido de oyente al rey, y un profesor que explica accidentalmente para reyes no puede manifestarse como un Sol y Ortega cualquiera. Cuando nuestro joven soberano visitó la Universidad Central, penetró en la clase de Azcárate; los pocos alumnos que había porque el Sr. Azcárate explica una cátedra del doctorado, se miraron con sorpresa, experimentando la satisfacción interior de todo ciudadano cuando se codea con el rey. Y este hecho, que no llama la atención en Alemania, donde un hijo del Kaiser estudia derecho en la Universidad de Bonn como un tudesco cualquiera, aumentó la fama del diputado por León como hombre juicioso é imperturbable.

El Sr. Azcárate es partidario del mandato imperativo; no sabemos si los electores de León le votaron con la condición de que asistiera á la manifestación de Sol y Ortega, pero lo indudable es que los republicanos leoneses están ya cansados de tanta sensatez. Porque eso de elegir á un diputado republicano para que los monárquicos se refocilen ponderando su cordura, no resulta en León ni en ninguna parte.

Los órganos de la opinión lanzan todos sus sonos alabando la corrección en este hombre extraordinario, que cree todavía en que las ostras pueden abrirse por la persuasión: los periódicos ilustrados publican una vez más el retrato de Azcárate. ¿Qué hombre! ¡Hasta en su retirada ha sido serio, como *Guerrita*! Los amigos del gobierno ponderan las consecuencias lamentables para el sistema parlamentario de la ausencia del jefe de la minoría republicana del Congreso: su austeridad, su buen sentido, su cordura, le han retraído, en tanto que prospera la oratoria cómico-satírica de Soriano.

Maura puede decir, como aquel que se cayó de un piso cuarto, al pasar por el segundo: «Hasta ahora no voy mal.»

Con Melquiades Alvarez haciendo protestas de cohesión á la Iglesia en los discursos del bloque, y D. Gumersindo retirándose del Parlamento porque sus electores no le quieren, hasta ahora no va mal.

Pero desengañados, hermanos míos: con estos republicanos no se va á ninguna parte.

TARTARIN

La Unión Mercantil, Málaga.

La Semana Santa

Se ha recordado estos días la muerte de Cristo. Cualquiera diría, en vista de la solemnidad con que se la conmemora, que Cristo reina en el corazón de todos los pueblos. Si Cristo es la paz, no reina en parte alguna. Truena el cañón británico contra las islas de Somoa, ensangrientan el suelo de Filipinas luchas sin piedad entre norteamericanos é indígenas, se reparten sin escrúpulo las naciones de Europa el territorio de China, todo son armas, todo vientos y soplos de guerra.

Predomina en todas partes el egoísmo y la discordia; mueven la ambición y la codicia así á los pueblos como á los individuos. Sigue la lucha de clases y no hay esperanza de que se ciegue el foso que las separa. Con sangre se habrá de cegarlo.

No, Cristo no reina ni ha reinado jamás en el mundo. El cetro de caña que le pusieron en la mano para escarnecerle, ese es aún su único cetro. Se le honra, se le dirige preces, se le besa los pies, se le adora; pero no se le obedece. Sus propios sacerdotes tuercen el sentido de sus palabras para que parezca que en ellas se inspiran. Harto saben que no guardan ninguno de de sus preceptos. Hasta la guerra predicán si estalla entre dos naciones igualmente cristianas; en las dos oran, no por la paz, sino porque triunfen las armas de la nación á que pertenecen. De la caridad, del amor, han perdido hasta idea. Son los fariseos de que su Dios habló hasta con ira. Si á la tierra volviera los arrojaría del templo.

Están las religiones todas reducidas á ceremonias y fórmulas; aún éstas se las desvirtúa. ¿Qué es más que una vana ceremonia el lavatorio de los pies de unos pobres por un rey ó el Papa? Cristo lavó los pies de sus apóstoles después de la cena; aquí después de haber lavado los pies á los pobres se les da una comida opípara para que en sus casas se regalen ó la vendan. ¿En qué capítulo ó en qué versículo del Evangelio tiene su fundamento ese acto de munificencia?

Pierden su primer sentido aun las más claras oraciones. De la oración dominical se ha hecho una especie de fórmula mágica contra todas las calamidades y para todas las venturas. Se la repite una y mil veces, y á fuerza de repetirla se la reza maquinalmente y sin fijarse en lo que significa. De la mayor parte de las fórmulas ignoran los creyentes de todas las religiones el sentido que encierran.

No, no reina Cristo; sus palabras son para los mismos cristianos letra muerta.

F. PÍ Y MARGALL

De actualidad

Para las mujeres

En la nueva organización de correos y telégrafos que se discute en el Congreso, se crean cerca de 500 plazas de 1.000 y 1.250 pesetas anuales de sueldo, que han de ser servidas por mujeres en las poblaciones de más de 4.000 habitantes en que se establece servicio postal ó telegráfico.

No discutimos la reforma, no sabemos si será mejor ó peor; solamente indicamos la puerta que abre á la mujer trabajadora para sustraerse de la miseria, de la mendicidad ó del vicio.

Habrán oposiciones; las materias de que serán examinadas son sencillas; cualquier mujer medianamente educada, con uno ó dos meses puede prepararse. La condición de edad se amplía de veintitrés á cuarenta años.

¿Qué ocasión para un rico altruista que costeara la preparación á unas cuantas pobres!

Bien dice el refrán: «Las ideas no están en relación con el bolsillo.»

En el próximo número ampliaré esta nota.

JUAN PÉREZ

Recuerdo

Allá por el año 1895 publicó el semanario *Madrid Cómico* una carta de *Clarín* recomendando con mucho interés al presidente del Consejo de ministros, á la sazón don Antonio Cánovas del Castillo, á un discípulo suyo en la Universidad de Oviedo que era, entre otras cosas, *orador elocuente, joven aprovechado*... El aludido era Melquiades Alvarez.

Si hoy viviera *Clarín*, se envanecería de haber acertado en su juicio; porque si como *orador* es elocuente su discípulo, como *aprovechado* ha ido muchísimo más allá de donde él pudo sospechar.

Tan aprovechado es, que ha ido recorriendo toda la gama democrática y utilizando todas las circunstancias para alcanzar un renombre que infundiera á las empresas poderosas y monopolios escandalosos deseos de solicitar sus servicios.

Si, se envanecería *Clarín*, como he dicho, de haber acertado, pero al mismo tiempo lo sentiría; que no era él de los que, ni con su palabra ni con su ejemplo, dieron nunca pretexto á sus discípulos para que cotizasen su talento y su elocuencia por otros caminos que por los anchos y llanos, y no lo son ciertamente aquellos que ese su discípulo ha seguido para llegar cuanto antes.

Puede ser disculpable en los monárquicos el hecho de amparar y defender por un sueldo las empresas de monopolio y privilegio que ellos crean; mas no puede serlo en un republicano, que por sus ideas tiene que

ser forzosamente enemigo de todo privilegio y todo monopolio.

Esto indudablemente le diría *Clarín* á su discípulo predilecto, si llegase á vivir hoy, y lo viese al lado de los que chupan los tuétanos de esta nación parapetados tras leyes funestas para la vida nacional.

Todo progresa

¡Farsantes, embusteros, fanfarrones á quien el vulgo enaltece un día! Caballero, el sin par José María, Corrientes, el Barbudo, Juanillones, Candelas, Pancha Ampla, Pulliciones, Melgares y demás gente bravia tenida por su arrojo y bizarría por la nata y la flor de los ladrones.

Alzáos de vuestras tumbas un instante, asomad por la corte la cabeza y fincearéis al punto avergonzados al ver tanto ladrón de blanco guante robando con audacia y con destreza tras de unos expedientes resguardados.

Hombres machos

Ha salido para América otro buque cargado de emigrantes. Ni cuanto se ha dicho de la miseria que en América aguarda á todos los que buscan fortuna, ni la severidad del Gobierno, ni las advertencias desconsoladoras de los periódicos hicieron renunciar á esos hombres á la amable esperanza de lograr aquel sustento ofrecido en una promesa religiosa. Los relatos fabulosos de miserias y humillaciones que se hacen de esos países en los cuales los hambrientos ven grandes harturas y los codiciosos oyen el tintinear agradable del oro, aún no han desilusionado á nadie. Todavía hay centenares de hombres que se sobreponen á toda cruel desesperanza, á toda amarga realidad para seguir pensando en la hermosa tierra de promisión que brinda festines inacabables, fortunas exorbitantes, riquezas sin cuento. La esperanza de esos hombres es más fuerte que las tristezas y amarguras que cuentan los periódicos. Contra la firmeza profunda de su ansiedad no pueden los horrores de la miseria, las locuras del hambre que les acecha en el país dorado.

En esta desbandada de hombres hay algo fuerte, saludable y consolador. Hay una fe que se sobrepone á toda incredulidad. Hay una confianza muy grande en vencer obstáculos, ante los cuales se humillaron otros. Hay una seguridad fanática de conseguir lo que pocos alcanzaron y hacer prisionera á la fortuna. Son hombres machos los que se van, con voluntad, con ambiciones y sueños propios. Para los crueles relatos de miseria tienen un noble gesto de desdén. No creen en engaños. Están seguros de hallar bienandanzas, ilusiones y fortuna allí donde otros sintieron las punzadas de la necesidad, la desolación de la desesperanza y la locura del hambre. Son creyentes de ellos mismos, de sus ambiciones, y no los hace titubear la caída y el vencimiento de otros luchadores, también devotos de la misma quimera, igualmente galeotes de la misma ambición, forzados, asimismo, de una promesa que sonreía amable. Su voluntad es más grande, más fuerte y más poderosa que la desconfianza impresa en el alma de los que vuelven. Entre las dudas de todos, ellos son los únicos que creen y los solos que buscan lo que quieren.

Esta convicción firme y resuelta de los emigrantes, es más hermosa y más noble que los consejos despiadados de los que niegan hasta la esperanza de creer en una tierra más misericordiosa que la que se abandona. Para los astutizados, para los que acomodan sus ilusiones á las sabias advertencias del prójimo y guían sus aspiraciones por lo que otros precisan y creen, estas bandadas de hombres mozos que corren tras una ambición muy humana, tal vez merezca un comentario lastimero. En lo seguro y no en lo incierto es en lo que debe ponerse toda aspiración y todo arrojo. El positivismo niega la razón de estas aventuras, de estas salidas por el campo de azar. Y cuando se comentan estas andanzas, con razones de cordura se niega la existencia de esos héroes y grandes hombres que vencieron en la derrota de pobres diablos y alcanzaron la gloria donde otros perecieron como bestias resignadas.

GUSTAVO

DE ACUERDO

Jacinto Benavente ha leído en el Centro Hijos de Madrid una crónica en que ha sintetizado admirablemente el fondo de la aparente religiosidad de España. Dice así:

«En el terreno espiritual nos sucede, en cambio, muchas veces que aparentamos creer en cosas que nadie cree sólo por pen-

sar unos de otros que todos creemos en ellas.

«Yo sé de una familia nada extremosa en sus devociones que, debiendo hospedar á unos amigos en una finca de recreo construyó un oratorio y hacía celebrar misa diariamente, creyendo que sus invitados serían gente muy religiosa. Y los invitados, á su vez, que tampoco tenían nada de devotos, al advertir el religioso alarde de sus huéspedes, se creyeron en el caso de exagerar sus muestras de religiosidad y, por si la misa diaria era poco, propusieron, por su parte, un rosario nocturno.

«Es posible que los españoles nos estemos engañando así hace mucho tiempo. Que unos pongan oratorio por creer que los otros gustan de oír misa todos los días, y que los otros vayan á misa y añadan el rosario, creyendo complacer á poca costa á los del oratorio.

«Las clases directoras dicen: «¡Ah! ¡El espíritu religioso del pueblo español! Es peligroso contrariarlo. Debemos respetarlo». Y extreman las manifestaciones piadosas. Los dirigidos dicen: «¡Caramba! Parece ser que las clases directoras son muy religiosas. Para estar bien con ellas y sacar algún provechito hay que llevarlas el aire... Pues misa y sermón, y hasta disciplinazos, como no sean muy fuertes ni en el bolsillo, que es donde más duelen.»

Eso es exactamente lo que ocurre, y nada más que eso. Aquí nadie cree en nada. Pero unos por seguir la corriente, otros por distraerse, algunos por indiferencia y muchos por sacar algo, casi todos aparentan que son católicos. Y como á los curas y á los frailes no les importa que crean ó no, con tal que practiquen y suelten pesetas, se da el caso de que España aparezca como fanática siendo escéptica.

Soplen vientos de libertad un día y de esta farsa religiosa sólo quedará el vergonzoso recuerdo.

La moralidad y la ley

«Recuerdo que hubo un funcionario prevaricador, un proconsul de la Sicilia, que fué acusado por el más grande de los oradores romanos ante el tribunal del pretor y ante el Senado de Roma.

Este reo compareció en el tribunal, y cuando se le preguntaba por los medios de que se había valido para adquirir su riqueza, cómo había llegado á aquella situación tan próspera y brillante, cuando se le aducían, en fin, las pruebas morales de su delito, de su arbitrariedad, él respondía á todo: Es verdad, pero yo no he recibido el dinero; es verdad, pero vosotros no podéis probarme que yo he recibido el dinero... Y Cicerón respondía con la razón de la experiencia y del derecho: No podemos admitir una exculpación semejante; has causado males por tus sentencias; has causado daño por tus disposiciones, y dices ¡que no ha entrado el dinero en tus manos! Pero tus manos son los funcionarios que tú has elegido; tus manos son las personas de quienes te has valido para todo; tus manos son la cohorte de amigos, peor que cien cohortes de esclavos fugitivos, que llevastes contigo á Sicilia: esas son tus manos. Tú dices que no has recibido el dinero; pero yo no puedo admitir la exculpación que intentas, que si se admitiese una vez haría imposible las causas de concusión en adelante.»

«O por intención ó por negligencia, el ministro por cuyas órdenes se han cometido actos de esta especie es responsable para la moralidad del país, para la buena gestión de los asuntos públicos. ¡Oh! Sin eso desaparecería la confianza; sin eso desaparecería el pueblo por completo el verdadero patriotismo, porque desaparece de los pueblos el patriotismo tan pronto como se convencer de que no son bien administrados, de que no son gobernados como tienen derecho á esperar, tan pronto como se persuaden de que los que están á su frente no se cuidan de los asuntos del Estado, del interés de la nación, de la fortuna pública.»

(Discurso pronunciado por Cánovas del Castillo el 10 de Junio de 1879.)

Papeles viejos

Delicadezas

Para D. A. A. B

¡Salve, insigne maestro de Economía Política y de Ciencia Social! ¡Salve, hombre de corazón excelso! Por ser usted quien es voy á contarle cosas oídas y vistas que no contaría á todos. Allá van:

Había en Sevilla una casa de comercio y giro con bien ganada y sólida fama de honradez y de escrupulosidad. Un hábil «plumista» puso en ella los ojos, y mediante un cheque cobró 12.000 duros.

El dueño de la casa quiso que cliente de

tanta consideración apurara una copa de vino en compañía de su familia. El «plumista» se «mosqueó» y usted perdona este «caló» carcelario, suponiendo que aquello no era sino un pretexto para dar tiempo á que llegase la pareja más cercana; pero hizo de tripas corazón y aceptó el convite.

El comerciante le contó que estaba satisfecho de la vida. Mozo de almacén, un principal le adelantó dinero para establecerse, y en fuerza de laboriosidad y de honradez había logrado un crédito ilimitado sin más capital que unas 70.000 pesetas.

Tenía dos hijos, varón y hembra. El varón, un regular ingeniero, estaba ya colocado, y la muchacha llevaría de dote 50.000 pesetas, capital que en manos de un hombre laborioso é inteligente puede ser el comienzo de grandes cosas.

Llegaron la hija y la esposa del comerciante, tomaron los cuatro un trago de vino generoso y algunas golosinas, y los hombres saborearon un puro.

El «plumista» se conmovió. ¡Aquellas sesenta mil pesetas que en billetes del Banco tenía en cartera eran la fortuna de un hogar dichoso, un hogar al que su acción llevaría la ruina y tal vez el luto!

¡Era preciso devolver aquel dinero hasta el último céntimo! Pretextó un viaje á Marruecos, tierra poco segura, y pidió al comerciante que guardara el dinero hasta su regreso á Sevilla ó hasta que le pidiera fondos.

Y horas después el comerciante acompañaba al «plumista» á la estación, y éste tomaba billete para Cádiz...

Se decía que aquella mujer era un caso estupendo de avaricia, que en los rincones de su cómoda había buenos fajos de billetes y no pocas alhajas.

Los «espaldas» entraron en la modestísima habitación, registraron los muebles y encontraron... papeletas de empeño, una de ellas con fecha del día anterior. Y no papeletas de objetos de valor, sino de miserables prendas de cama y de vestir.

No era aquel un caso de avaricia, sino de miseria decorosamente soportada: en pleno y crudo invierno la dueña del cuarto había empeñado el mantón en doce pesetas.

El jefe de la cuadrilla mandó cesar la febril busca de unas riquezas imaginarias; dobló la papeleta, sujetándola en la cómoda con catorce pesetas que sacó del bolsillo, y no hubo más.

Son estas dos cosas ófidas; pero lo que sigue no es sólo oído.

Mi «llavero», un profesional con trazas de mal genio y de pocos amigos, limpia mi celda, hace mi cama y frega la vajilla. Pues este hombre tiene para mí solicitudes y cuidados de hermano. Hace dos días estuve algo enfermo, y me acosté á las seis de la tarde; pues sin pedírsela me trajo una taza de café caliente y me arropó bien. Y por las mañanas entra de puntillas para sacar la cesta, mirando con atención por si me despierto.

¿Hace esto por el interés? Le separo parte de mi ración y no quiere más—ni aun esto pide,—y cuando le hablo de dinero se incomoda.

Tiene este individuo un gato pequeño, al que cuida y mimaba, para el que separa las partículas de carne ó de tocino de su rancho ó lo mejor de la comida que yo le doy. Pues anda preocupado por la suerte que correrá el gato cuando él salga á extinguir la condena en presidio.

Más aún. Hay en la galería un empleado numano y considerado con el preso. El llavero sabe que tal empleado tiene deseos de regalar á una mocita suya un relojillo, y se ha propuesto ser él quien satisfaga este anhelo. Pero como el empleado es hombre pundonoso que ó no admitiría el regalo ó daría más de lo que valiera el reloj, «mi colega» me ha propuesto que sea yo quien entregue la alhaja en nombre suyo y horas después de salir para presidio desposado y entre guardias civiles.

Más cosas de este corte, y no ya vistas, sino vividas, podría contar á usted, querido amigo. No lo hago, por dos razones: porque no sé contarlas con la delicadeza que merecen, y porque no quiero quitarle ni un minuto más de tiempo que tan bien sabe aprovechar en beneficio de todos, aunque no en el de usted.

Le quiere con toda su alma y le abraza,

J. J. MORATO

8 Abril 1908.

CON QUESO

Copio de *La Unión* de Jerez:

«Nos dicen que el primer Viernes de Cuaresma, el jefe de una poderosa casa exportadora de vinos y fabricante de coñac famoso, registró por sí mismo todos los canastos en que los obreros de sus bodegas tenían los pistos, y donde encontraba carne la cambiaba por queso, á fin de que sus obreros no pequen.

Después dijo que por esta vez daba queso por la carne, pero que á otra la que daría sería la cuenta al que la llevara.

Nos parece que no mira poco por la salvación de sus obreros este señor, y nos parece también que con el queso toman esos

obreros, por no perder el jornal, demasiada *morcilla»*.

Ese jefe de esa casa (que por las señas me huele á Domecq) ha podido darles á los trabajadores la lección de mejor manera; por ejemplo, poniéndole á todo el que llevase carne un par de platos escogidos, para que apreciaran una vez siquiera en su vida las ventajas de comer opíparamente de vigilia. ¿Pero dársele con queso? Eso ha sido añadir á la arbitrariedad el escarnio.

Si algún día pueden los trabajadores devolverle la broma, les recomiendo que le den queso á todo pasto, para que huelan un poco más que hoy á lo que dicen que huele todo el que come queso.

Y no podría quejarse el hombre, pues que, á juzgar por lo que ha hecho, debe creer que el queso contribuye á la salvación de las almas.

MUERTOS VIVOS

Para cosas ridículas las que hacen unos misioneros llegados recientemente á Vallecas. Viendo que no acuden los fieles á oír su predicación, los han declarado difuntos de primera clase y han levantado un catafalco en el centro de la iglesia, entonando respuestas por el alma de esos muertos en vida, como ellos dicen, y echando las campanas á vuelo igual que en el día de difuntos.

Los vecinos de Vallecas no ven con buenos ojos esta anticipación de su muerte, y para demostrar que aún están vivos, se presentaron días pasados á las puertas del templo con una banda de música, ejecutando *Ruido de campanas* y *La Marsellesa* y dando vivas á la libertad.

Si con esto no se dan los misioneros por convencidos, piensan los habitantes de Vallecas hacer otra demostración más ruidosa; lo que suele decirse «una que sea sonada»; y como se trata de muertos, según los frailes, cualquiera podrá hacer en ellos efectiva la responsabilidad de lo que ocurra.

Sentiría que variasen de opinión

DIALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

(Aquí el babieca es el labrador y el rocinante es el fisco.)

—¿Cómo estás, labrador, tan extenuado?
—Porque no hay que comer ni se trabaja.
—¿No te gusta ni el grano ni... la paja?
—No me dejó el impuesto ni un bocado.
—Te embargaré las mulas y el arado ya que tu lengua ni poder ultraja.
—De hacienda no conservo ni una miaja, ¡tarde llegas, pues hanme ya embargado!
—¿No tienes que comer?—Ni medio churro.
—¿Hambriento estás?—¿Señor, es que no como!
—Pues quéjate al gobierno.—No es bastante.
—Quiero hacer algo más; que ya me aburro de llevar con paciencia sobre el lomo los porrazos de tanto gobernante.

V. F. A.

La cogulla, aquí y allá...

En Marruecos no sabemos dar un paso sin dejarnos conducir de la mano por el fraile, y ya Francia y Alemania nos van despojando de todos nuestros antiguos derechos, de todas nuestras probabilidades de expansión y de influencia.

Y nuestros gobernantes son ciegos y sordos. No quieren ver ni quieren oír, como si fuesen los providenciales ejecutores de una fatalidad histórica que tiene condenada á España á morir ahogada bajo el peso de una cogulla. No hace mucho, un pundonoso militar, cuyo talento y cuya honradez nadie ha puesto en tela de juicio, al dejar el gobierno general de Fernando Pío, que había desempeñado, elevó al ministro de Estado un informe en el que se decía la verdad, toda la tristísima verdad sobre los frailes que cobran del presupuesto español en el Golfo de Guinea; se decía lo que eran allí las escuelas en manos de religiosos y religiosas, lo que era la educación que daban y la explotación á que sometían á los niños y á las niñas bubis y pamues... ¿Y qué hizo el ministro de Estado? ¿Buscó la comprobación de aquellas afirmaciones? ¿Instruyó siquiera expediente? No. Lo único que hizo fué aumentar la consignación de los frailes y de las monjas en el siguiente presupuesto.

Hay un diputado catalán, entre conservador y solidario, que tiene posesiones en Fernando Pío. Este diputado no interviene jamás en los debates que se plantean en el Congreso sobre la triste situación de nuestras colonias guineanas. Oye, calla y sonríe. Pocos españoles, sin embargo, conocen como él aquellos problemas. Un amigo mío le ha preguntado no hace mucho:

—¿Y usted por qué no habla de esto?
—Porque no puedo—repuso,—porque de hablar diría toda la verdad.
—¿Y la verdad cuál es?
—La verdad es que el mayor enemigo que tiene España en Fernando Pío es el fraile, y de ahí vienen todos los males. Es un fraile, reclutado entre los campesinos casi montañeses de Cervera y de Vich, de los Bajos Pirineos; es un fraile que va á

Africa, sin saber una palabra de colonización moderna, que va á ser agricultor y comerciante, á producir cacao, á apoderarse de los bienes de los negros, á darle baratijas de la industria barcelonesa á cambio de lianas de caucho, de nuez de copa, de aceite de palma y de comillos de elefante. Hace sesenta años que el padre Claret fundó esa orden, y sin tener más acción que nuestras colonias de Guinea, ya se ha hecho riquísima. Y yo no puedo hablar contra ellos, porque tengo que estar bien con ellos, porque podrían arruinarme y ellos son allí el único permanente. Cambian los ministros y los gobernadores y los empleados y los militares. El único que allí permanece siempre es el fraile. Esto mismo ocurrió en Filipinas. Intentó D. Manuel Becerra transformar aquella funesta organización y reducir la acción de los frailes á su esfera religiosa, y cayó del ministerio, y los que allí en el archipiélago habían aplaudido y apoyado sus reformas fueron perseguidos y exterminados, mientras que el fraile quedó siendo dueño y señor de los dominios españoles. Y esto mismo ocurrirá en Fernando Pío y en Guinea. De allí saldrán los frailes después que salga España, después que nos expulsen los alemanes ó los yanquis, que inician ahora una acción política muy intensa en la República de Liberia, República que fué fundada por Monroe para los negros libertos...

Piensen todos en la intensa realidad que encierran estas palabras; pero piensen también que el mal es incurable, que no tiene remedio, porque para buscarlo se necesitaría un esfuerzo de voluntad nacional que la pobre España paralítica no puede realizar.

Que así como en América y en Filipinas, en Marruecos y en Guinea el fraile supo tapujar sus sayales entre los pliegues de la bandera española. España caerá en la tumba de la Historia vestida ominosamente con un sayal de dominico ó franciscano.

DIONISIO PÉREZ

Cosas de ellos

Van menudeando las peloterías entre clérigos casi tanto como los casos del tifus. Y siempre el fraile es el microbio envenenador.

Allá por Sangüesa (Pamplona), ha caído una tanda de ellos, como una plaga de langosta que arrasa los sembrados de los clérigos seculares. Unos y otros están á zarpa la greña por cuestión de trigo; por si el tuyo es rubión y el mío candeal; por si yo lo doy más barato que tú y mejor medido; por si mi tienda está más aparroquiada que la tuya.

Los frailes hacen desde el púlpito sus reclamos; los otros curas propagan sus específicos á grito herido en mitad de la calle... Y el público está esperando el momento de ver á entrambas banderías enzarzadas en una de palos superior.

Los curas de misa y olla han acudido al obispo pidiendo que desautorice á los frailes, y el obispo dice que todos son buenos católicos. ¡No han de ser! Así se tratan ellos como hermanos y observan la ley de Cristo. No imitan á los escribas y fariseos, ni devuelven una bofetada á quien se la da; son generosos y hacen la de San Bruno: por una, ciento; ya se están preparando para el ejercicio de esta obra de caridad.

Los de la cogulla han acogido con vítores la declaración episcopal; y al leerla en su templo, los competidores prorrumpieron en gritos de ¡fuera!, ¡fuera!, faltando poco para que unos y otros viniesen á las manos en la misma iglesia.

¡Oh, buenos católicos! ¡Oh, armonía archiclerical!... ¿Cuánto envidia á los feligreses de Sangüesa, que presencian semejantes espectáculos y pueden seguir esos ejemplos de mansedumbre buena y verdaderamente católica! Ganas me dan de coger el tren y largarme allí; pero no faltan en Madrid diversiones por el estilo.

Para esto, toda España es Sangüesa.

Maestros y curas

Un maestro de instrucción primaria que ejercía sus funciones en la escuela municipal de Muriel, provincia de Valladolid, cayó enfermo hace más de un año, después de treinta y seis que llevaba esparciendo verdades por esos pueblos, como quien dice á cuenta de canciones, y solicitó la jubilación correspondiente en circunstancias que no admitían trámites dilatorios.

La administración pública ha tenido en doce meses tiempo sobrado para proveer á tan justa demanda, y va entreteniéndose con papel de expedientes el hambre de ese infeliz profesor. El cual se encuentra á la hora de ahora, además de enfermo, sin percibir los derechos reglamentarios, abandonado de todos, hasta de los caciques cuyos hijos desasnó, y sin pan ni casa donde recogerse. Porque, eso sí, la Administración pública le ha puesto un sustituto sin tardanza ni de-

moras y con todos los *momios* anejos al cargo.

No debe quejarse el desvalido maestro; si hubiese estudiado para cura y llegado cuando menos á canónigo, no se vería en tan triste situación. Cobraría puntualmente su pingüe sueldo y adehalas, y no había de faltarle una mansión más que decorosa ni una silla de coró donde reposar sus entonces bien forrados huesos.

Poco se reirán de su esquelética figura los obispos y cardenales en sus magníficos palacios, contando y recontando el dinero que esta nación católica por excelencia y tanta por añadidura les pasa con una puntualidad verdaderamente religiosa!

Ya lo sabéis, muchachos que entráis en el mundo (los viejos lo hemos aprendido demasiado tarde): no os dediquéis á maestros de escuela, que es como dedicarse á caballeros de la *Triste Figura*. Dedicaros á canónigos, y si podéis llegar á obispos, mucho mejor. Aún no he visto á ninguno de estos últimos morirse de hambre ni en el arroyo por inicio de desahucio.

Don Pablo Ermitas ó el socialismo prudente

Ya saben mi opinión cuantos me dispensan el honor de leerme: los revolucionarios prudentes me huelen á traidores. No conozco la ciencia de la revolución, ni siquiera el arte de sublevarse. El *Vade mecum* de la rebelión se escribe en el poder ó en el patíbulo y es obra sin prólogo y sin texto. ¡Cualquiera es capaz de reducir á reglas las jugadas de ajedrez que preparan un jaque mate al rey! Si la lógica pudiera aplicarse á la política, ni hubiera tenido lugar la restauración, ni Maura ocuparía, con la comunidad gobernante, el banco azul.

El triunfo de los partidos es siempre un hecho, reñido á menudo con el derecho natural de los vencidos y sojuzgados. Es la razón de la fuerza que se impone á la fuerza de la razón; por eso en buena lógica hay que dársele á los que dicen que el único gobierno posible es ninguno. Hay mucho que andar hasta llegar á la supresión de los tribunales por falta de delinquentes, de los abogados por falta de pleitos, de la guardia civil por falta de ladrones, de la religión por falta de pecadores, hermosísimo ideal del más sublime anarquismo.

Que á tal meta se dirige la humanidad, bien claro se ve. La obligación de las actuales generaciones se reduce á limpiar de obstáculos el camino que han de recorrer las futuras, ni más ni menos que en nuestro obsequio lo hicieron las pasadas. Detenerse en el terreno, sobre ser inútil, acusa de traición á los que, por imperio de las circunstancias de su vida, están colocados en la vanguardia de la protesta, por hambrientos de pan y sedientos de justicia.

Cuando vi el avance formidable de los ejércitos del proletariado, tuve por hecho inmediato la revolución. «Al fin, me dije: los explotados, los parias, los esclavos, aprenden á sumar; los pequeños, los humildes, los que producen, se han contado y el número les garantiza el triunfo. Los demás, los mejores, los más robustos, los más fuertes, no pueden ni deben estar á merced de los menos, de los más débiles, de los menos útiles y necesarios.

El capital, se dijeron, es producto fabricado; nosotros poseemos la primera materia; todo lo más que podemos hacer es pactar con los fabricantes de fortunas. Producimos más de lo que se consume y no sería mucho pedir que se nos permitiera consumir el exceso de la producción. Es triste morirse de hambre por causa de la sequía, de la inundación, de los accidentes que destruyen las cosechas; pero es horroroso perecer de inanición á la vista de los graneros apuntalados, de los almacenes repletos de sacos de harina, de los hornos donde se endurecen los panes sobrantes, y de las carnicerías donde se pudren por falta de consumidores las terneras. Es muy triste buscar alojamiento en las cuevas inmundas ó debajo de los puentes, después de haber construido suntuosos palacios y de ver llenos los balcones de albadanes. Helarse de frío y andar descalzo cuando en las sastrerías están desafiando á los que tiritan centenares de capas y gabanes que han de apollarse y muestran su lustre tentador en los escaparates millares de pares de zapatos faltos de pies que calzar, es un colmo.

Creía yo que el socialismo venía á eso; á nivelar el consumo con el producto, á hacer del productor un consumidor verdadero de lo necesario, de lo indispensable, que buscaría en los partidos políticos radicales, en los republicanos, alianzas nobles, sinceras fraternidades, ya que todos los republicanos somos *a priori* socialistas. ¿Y si los socialistas no son republicanos, qué son? ¿Serán monárquicos? Yo creo que la masa proletaria está muy distanciada del régimen y que las orientaciones de su dirección oficial hipoteca sus éxitos á su prudencia.

Si el socialismo español no tiene otras aspiraciones que la de hacerse representar en los Municipios y en las Juntas de Reformas Sociales, proporcionar al trabajador unos céntimos más de jornal y algunos minutos menos de trabajo, para eso no valía la pena armar tanto ruido y hacer tantos sacrificios

de vidas y de libertades pudiéndose en las prisiones. No; la aspiración del proletariado mientras no se llega a la supresión del Estado, ha de ser el Panestadismo, la conquista por todos del poder para todos, y esto, si los pobres siguen sumando, está hecho, porque ellos lo son todo: la fuerza, la producción, la agricultura y la industria.

Si no busca el socialismo otra cosa que el descaño y el mendrugo, aun á costa de la preciadísima libertad de la conciencia, sobran Pablo Iglesias, y el doctor Vera, y las agrupaciones, las Casas del Pueblo, y cuantos organismos nacieron al calor de las reivindicaciones sociales y de la emancipación del proletariado.

Todo eso lo dará á los prudentes que se sometan al Gobierno clerical que disfrutamos, todo eso lo proporcionan á los obreros sin grandes molestias de su parte los jesuitas, declarados sus amigos y protectores de última hora.

(Aquí suprime EL MOTIN, por haberles publicado ya, unos párrafos en que el autor copia lo que EL LIBERAL de Bilbao dijo acerca de los obreros que van á practicar en Durango.)

No es preciso más para explicarse satisfactoriamente y por el momento la prudentísima conducta de Pablo Iglesias al retraerse y al retraer la masa obrera, que aun le cree, de asistir, de acuerdo con el ministro de la Gobernación, al solemne acto popular iniciado por el prestigioso senador republicano y varón intachable, D. Juan Sol y Ortega.

CANTABRIO

Valencia.

EL PRESIDIO

I

Cuando los reclusos del penal de M. leían algun periódico, sonreían irónicamente al pasar su mirada por aquellos artículos de tonos quejumbrosos y dolientes, en los cuales lamentábase el periodista de la asquerosa y bestial abyección en que había caído todo un pueblo, gobernantes y gobernados, burgueses y proletarios, sabios é ignorantes, y concluía afirmando que «la nación no era una noble raza degenerada, sino un montón de canallas y de prostitutas.»

Y la verdad era que de aquel pueblo, que fué grande y heroico y honrado, habían emigrado las pocas gentes que aún conservaban ápices de sentido moral, restos de dignidad, asomos de amor al prójimo, y habían quedado imperando como amos y señores absolutos, todos los ilustres granujas, distinguidos canallas, simpáticos ladrones y apreciables malhechores que antes apenas levantaban cabeza, y ahora tienen hasta corte y séquito, aunque de vagos, farsantes, bravos y disolutos.

«Monipodio reina en este país, y son sus ministros Rinconete y Cortadillo», habíase atrevido á afirmar un periódico que ya no se publicó más.

Pero los presidiarios no creían que fuera verdad tanta infamia, tanta bajeza, tanta corrupción, tanta desvergüenza, y sonreían pensando sin duda que el don precioso de la libertad valía bien la pena de gozarlo, aun en el país más corrompido de la tierra. Y, naturalmente, soñaban con salir del penal, cumplida la condena, y correr mundo y gozar de él, aunque fuera tan malo como decían los papeles.

II

Un día los penados notaron algo de anormal é inusitado en la cárcel... El más audaz salió al patio, llamó á otros desde allí y pronto se extendió la voz... Pocos momentos después toda la población penal, formando masa compacta, atravesaba el rastrillo y quedábase suspensa y atónita al llegar al cuerpo de guardia.

No había celadores, ni jefes, ni soldados; nadie que ejerciera autoridad ni diera custodia á los presos. Los cerrojos estaban descorridos; las puertas entornadas solamente... Abrieron y pronto se encontraron libres.

Temerosos, inquietos y vacilantes, se detuvieron en la calle mirando en distintas direcciones. Un trabajador que pasaba se detuvo, y les dijo con tono entre irónico y socarrón:

«Salid, salid sin miedo. Ya no hay quien os guarde y cuide del encierro. Ya todos somos iguales; los que estáis presos y lo que estamos sueltos. A quien delinque no se le castiga ya. El ejército y los tribunales se han disuelto por no sufrir la vergüenza de ser mandados por esa granjería que ha conquistado el poder. No queda aquí una manzana que no esté podrida... Corred, corred sin temor de que nadie os detenga ni siquiera os pregunte á dónde vais...»

Y aquellos felices, reclusos tantos años, se desparanaron, cada cual en busca de lo suyo, de su casa, de su familia abandonada, viendo que por las trazas era verdad tan-

ta belleza y que los diarios no habían mentido.

III

Pocos días después, la abandonada y desierta cárcel comenzaba á poblarse otra vez, ocupando sus celdas, patios y talleres sus antiguos moradores.

¿Cómo habrían encontrado á la actual sociedad, de la cual habían estado separados tantos años aquellas gentes, asesinos unos, ladrones otros, falsificadores éstos, prevaricadores aquéllos, calumniadores, incendiarios, malversadores, defraudadores, parricidas, envenenadores, etc., etc., que voluntariamente volvían al presidio y se encerraban en él para toda su vida, creyéndole un mundo mejor que el que acababan de visitar por breves instantes!

El caso fué memorable en la historia de aquel pueblo: la población penal había vivido aislada, y, por tanto, libre de contagio con aquella sociedad podrida y corrompida...

Y el sentido moral, no encontrando sitio mejor, se había refugiado en la carne de presidio.

B. M.

¡Soplonzuelo!

Alegres y contentos varios mozos de Alcalá por haberles tocado buen número en el sorteo de quintas, recorrieron las calles cantando y dando vivas.

Un neo, á quien le molestó aquella justificada expansión, fué á un periódico con el cuento de que uno había gritado ¡viva la República! El periódico, llamado *El Amigo del Pueblo*, por sarcasmo sin duda, se hizo eco de la denuncia, y el Juzgado de 1.ª instancia tomó cartas en el asunto.

Me dicen que el neo ese, á pesar de hallarse en buena posición, tiene á su padre en el Asilo de San Bernardino; y, si esto es cierto, nada más natural que hiciese aquello.

Quién obra así con su padre, ¿qué consideración guardará á nadie, y menos que á nadie á la verdad?

ANDANDO POR MADRID

Casas higiénicas y económicas.

Ni tengo pretensiones de hacendista ni aspiro á serlo. Se me ocurrieron hace tiempo unas cuantas ideas que hoy extracto y reproduzco por aquello de Napoleón: «No alcanza un cañonazo? «Tirar dos.» ¿Hay algo utilizable en mi trabajo? Eso irán ganando los que mejoren de vivienda. ¿No hay nada? El cesto de papeles servirá de tumba á las difuntas cuartillas.

Esto sentado, y teniendo en cuenta que el problema de la vivienda higiénica tiene cuatro aspectos diferentes, el higiénico, el moral, el constructivo y el económico, que de los tres primeros se han ocupado ya muy acertadamente muchos ilustres hombres, mientras que del último han tomado equivocados derroteros, voy á tratar de él.

En el Congreso internacional celebrado en París en 1900 para estudiar las habitaciones económicas, se llegó á la siguiente conclusión: *Que una obra que necesita poner en movimiento grandes capitales como exige la construcción de casas, no puede ser viable si el capital no obtiene un interés legal.*

Aunque la verdad que encierra esta conclusión debía ser un axioma, aquí se han constituido multitud de Sociedades con carácter benéfico para proporcionar á las clases obreras casas, unas á pagar en quince ó veinte años, otras para regalar casas. Todas han fracasado, y las familias que no pueden pagar más de cinco duros al mes, ó tienen que vivir en zahurdas si desean habitar en barrios centrales, ó en cubiles si marchan á las afueras. Y siguen las guardillas convertidas en viviendas á pesar de prohibirlo las Ordenanzas, y sigue el tifus, las viruelas, el sarampión, etc., aumentando la población del Este.

Tan lejanos estamos del espíritu práctico, que vemos congregarse en reunión magna grandes figuras de la política, de la ciencia y de la intelectualidad en general, para fundar una Sociedad benéfica de Casas de Obreros; reunen con mil dificultades, apelando á la protección oficial y al bolsillo particular unos miles de pesetas, hacen una ó varias casas y cuando la falta de pago no hace que los constructores, materialistas ó la curia se queden con ellas, las regalan á una ó varias familias de privilegiados que al poco tiempo las empeñan y acaba el caritativo donativo por venir á manos de usureros caritativos que toman por 2 lo que vale 10 y hacen después una obra de caridad que los cueste otros 2, con lo que sólo les queda una utilidad de 6, como al boticario del cuento.

Este modo de proceder me recuerda la fábula de la gallina que ponía los huevos de oro. La raza latina en general la mata, que no es otra cosa regalar la casa á tanto esfuerzo conseguida, mientras que los Sajones cuidan la gallina, procuran que cría, y, es caro, las crías siguen poniendo huevos de oro, con lo que han llegado al fabuloso re-

sultado que indicamos en nuestra crónica anterior.

No vamos á aconsejar que cambie nuestro modo de ser, pero vamos á indicar cómo podría conseguirse la vivienda económica higiénica hermanando los intereses de propietarios é inquilinos y evitando de paso que todos se burlen de las Ordenanzas.

Si se autorizara á todos los propietarios á aumentar un piso en las casas, con la condición de que la erugia de fachada quedase de azotea, y siempre que los cuartos hechos en este piso de gracia fuesen de un alquiler menor de 5 duros mensuales, habríamos conseguido en gran parte nuestro propósito.

Los propietarios tendrían interés en hacer este piso porque con ello aumentaban la renta de sus casas, y seguramente aumentaría el tanto por ciento total de interés, porque el aumento de coste del piso es en proporción mucho menor que el aumento de renta.

Los inquilinos, porque tendrían un cuarto cómodo con buena luz y ventilación y el desahogo de las azoteas donde estarían los chiquillos sin molestar en sus casas ni en la calle, pero cerca de su familia y respirando aire puro.

Las autoridades no tendrían necesidad de imponer multas y gravámenes á los propietarios que no sanear sus fincas, porque á trueque de obtener la placa de salubridad que piden los inquilinos de los cuartos caros, tendrían que sanear los baratos.

Se haría respetar más la autoridad de las Ordenanzas que no mandarían lo que no se cumple; y tendría además el sistema todas las ventajas morales de la casa mixta, como son: trato constante, cultura, limpieza, auxilios en casos necesitados etc. etc., sin amontonar en casas ó barrios á los que, escasos de recursos y no de inteligencia, ven en la separación una diferencia de clases que les molesta y conduce por derroteros tortuosos.

JUAN PÉREZ

Cura asesino

En Tordesillas ha sido asesinado en una botica un joven de diez y seis años.

¿Por quién? Por un cura, llamado Marcelino Fernández Rodríguez.

¿La causa del crimen? Oigamos la declaración de la criada de la botica, llamada Felicidad.

Desde hacía unos dos meses la perseguía el cura con pretensiones deshonestas, aprovechando cuantas ocasiones hallaba (y eran muchas por la libertad con que, como pariente cercano, entraba en la casa del boticario, Sr. Bedoya), para aventurar tentativas. Ella le esquivaba siempre, escapando rápida á donde hubiese gente.

La noche de autos, después de cenar, la señora de Bedoya marchó á casa de su suegro, como de costumbre, y dió permiso al criado para que se acostase. Quedaron solos en la casa, la criada Felicidad en la habitación de la señora al cuidado de un niño, y el mancebo Laureano Valentín en la botica.

Poco después de las nueve se presentó el cura en el comedor, inmediato á la habitación citada; había entrado, no por la botica, sino por la puerta principal de la casa. Felicidad salió al comedor al oír pasos, y se encontró con él.

El cura volvió á sus pretensiones, y resueltamente pasó á vías de hecho; ella se defendió, mas al verse dominada, comenzó á dar gritos; oyólos el mancebo, y abandonando la farmacia, pasó á la habitación.

Al verlo aparecer, el cura se apartó de Felicidad y entró en la alcoba. El mancebo, por miedo ó por respeto, no aludió á los gritos. Se limitó á decir:

—Felicidad, haz el favor de venir á ayudarme á bajar las trampas.

Cuando decía esto hallábase frente á la muchacha, á unos pasos de distancia, casi vuelto de espaldas á la puerta de la alcoba.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, apareció el cura en la puerta de la alcoba, revólver en mano; volvió la cabeza Laureano, sonó un tiro, y el infeliz recibió un balazo en la cabeza, cayendo de golpe al suelo.

El cura volvió rápidamente á meterse en la alcoba, y minutos después salió de nuevo, ya sin revólver, y cuando Felicidad se inclinaba sobre el cuerpo de Laureano y le llamaba inútilmente.

Se acercó el cura, ella se incorporó, y con tono violento y el rostro arrebatado, él la dijo:—Si dices una palabra de esto, hago lo mismo contigo.

Y presurosamente abandonó la habitación y la casa por la misma puerta donde había entrado.

La criada, ayudada por el criado, pusieron el cadáver donde les mandó el cura y limpiaron el suelo de sangre.

Por hoy no hago comentarios. Me reservo para cuando se completen las noticias.

El crimen de Tordesillas

Tigre tonsurado

Seguramente que plumas brillantes, valientes y autorizadas trazarán, como ellas saben, la figura siniestra de ese ministro de Dios que en la feudal Tordesillas hizo caer envuelto en sangre inocente á un joven casi niño, que se propuso evitar el que la fiera

cristiana violara brutalmente á una joven.

No habré de hacer larga historia de ella, pues que plumas que saben esculpir la verdad cual las de mis entrañables amigos Emilio Rodríguez y Pedro Verges, correspondientes de *El País* y *España Nueva*, lo han hecho, siendo acaso los que han presentado la verdad desnuda á la opinión.

Tres días han estado los periódicos de ésta, carcas los unos y semicatólico el otro, sin dar á la opinión el conocimiento del suceso.

Estos dos amigos y el que esto escribe, hubimos de trasladarnos al pueblo donde acaeció el hecho, con el fin de recoger la verdad sin el disfraz que le ponen los neos y los falsos-neos. Queríamos investigar esa verdad sacándola de las tenebrosidades de la mentira, en cuyo ropaje la tenía envuelta la reacción.

Llegamos á la invicta villa de D.ª Juana la Loca, encontrándonos con uno de esos pueblos que aún no se han despojado de la roña de los tiempos medievales. Circundado de conventos, haciendo una vida de clericalismo bohemio, causa amargura en el ánimo del visitante.

Un movimiento de curiosidad causó nuestra llegada, curiosidad que fué en crescendo á medida que la opinión se enteraba de nuestra significación, y en el semblante de todos se explicaba claramente aquel movimiento de curiosidad, pues decían: «estos pondrán en claro la verdad». Sabía también el vecindario de Tordesillas que se trataba de ocultarla falseando los hechos.

Una oleada de esperanza alzó la vida de aquel pueblo que pedía justicia señalando al culpable, anatematizando al monstruo asesino, quien con una sangre fría de hiena, después de asesinar al infeliz Laureano Valentín, con una serenidad que expanta, se fué por la unión y se la administró, aún á sabiendas que la pobre víctima era cadáver.

La pluma se resiste á relatar este hecho, que pone de manifiesto una vez más los instintos de perversión de ese tigre tonsurado. Como dejó dicho, nuestra llegada se recibió con sumo agrado.

Nuestra primera visita fué al digno juez del referido pueblo, D. César Romero, persona afable y perfecto caballero, quien en este asunto, y en unión del juez especial señor Arechavala, ha dado pruebas de una rectitud y de una justicia que les honran y que justo es lo digamos en nuestro deber de hacer justicia. La independencia de estos dos celosos funcionarios sustrayéndose con entereza á ciertos manejos, es digna de toda alabanza. Dentro del secreto del sumario adquirimos la prueba fehaciente de la total culpabilidad del cura Marcelino Fernández.

Así se confirmó á última hora del día tres, cuando vimos salir en libertad á la joven Felicidad, á quien la fiera de sotana pretendió manchar su honra cuando el pobre Laureano se interpuso salvando á la muchacha de las garras de la bestia ensotana.

Ya era hora de que el tal cura terminara sus hazañas, si bien hemos de lamentar el epílogo de su negra historia.

No es la primera vez que dicho cura ha pretendido prostituir á otra joven, suceso que se ocultó, como asimismo se ha ocultado la fama de pendero del ministro de Cristo, quien diciéndolo misa un día, y al sacar el pañuelo, se le cayó al suelo una pistola.

Esto debía saberlo quien ha debido poner coto á las demasías de este moderno D. Juan Tenorio; pero todos sabemos cómo hila la gente que encubre su maldad y sus vicios con hábitos de una religión que es preciso poner á raya para sanear la vida, desinfectándola de una epidemia que tiene gangrenada la vida social y envenenado el ambiente.

Con nuestro sentimiento humanitario, lamentamos la suerte de la víctima. Con nuestro deseo de presentar la verdad á la opinión, procuraremos ir desenmascarando á los reptiles clericales, á las fieras de la sociedad, á los monstruos de la civilización.

Que el pueblo aprenda; que aprendan los padres de familia que no recelan confiar sus hijas á la protección de esos seres que hablan de la salvación de las almas mientras buscan solapadamente los deleites y gozos del cuerpo.

ALFREDO GARCÍA CONDE

Valladolid, 4 Abril 1909.

El caso es...

De la real capilla de Aranjuez se han llevado unos misteriosos rateros varios cuadros valiosos, una cruz parroquial y otros objetos destinados al culto.

Me alegraría que parecieran los ladrones, para que los impíos no tuvieran pretexto para sonreirse como diciendo: «¡Si habrá sido alguien de la casa!» ¡Ha ocurrido tantas veces!...

Ahora mismo se está descubriendo que en Toledo faltan en la Biblioteca Códices, manuscritos, y libros, todos de gran valor histórico y artístico.

Esta Biblioteca la manejan gentes canas... Luego pensando piadosamente...

Y sin que esto sea dudar de nadie, ¡Dios me libre!, creo, la verdad, que...

En fin, lo dicho.

REFORMA PENITENCIARIA

Hoy que está sobre el tapete, digámoslo así, con motivo de la falta de apoyo que encuentra en el ministerio de Gracia y Justicia el hombre que más genuinamente la representa en España (D. Rafael Salillas, director de la Cárcel Modelo de Madrid), exhumo este artículo escrito por uno de los hombres más honrados y más verídicos de España, Fermín Salvochea, que se pasó en los presidios gran parte de su vida por defender al pueblo.

Al volver á leerlo ahora, que sé mejor que cuando lo inserté hace años en EL MOTIN lo que ocurre en cárceles y presidios, advierto que todo, absolutamente todo sigue como estaba en la época á que Salvochea alude, y que ese estado de cosas es el que se pretende perpetuar para mengua de esta nación.

Dice así el artículo:

Nuestros presidios

El hambre en el penal de Valladolid era tan grande, que todo lo que caía al suelo, lo que se derramaba al repartirse el rancho, las cáscaras de naranjas y otras frutas, las cortezas de queso, todo lo que en muchas partes hubiera sido despreciado por los animales, era devorado por los reclusos. En fin, muchos deseaban que les tocara ir á pelar patatas por comérselas crudas, y me decían que estaban muy buenas.

La cantidad de garbanzos que les dan á cada uno en el rancho rara vez pasará de media docena, y aunque dos días á la semana deben dar carne, es tan poca la que llega hasta el preso, que la que viene para veinticinco la toma uno cada día, alternativamente; de modo que sólo una vez cada tres meses pueden probarla.

El que no reciba algún socorro de su casa ó gane alguna cosa en los talleres, tiene que perecer sin remedio.

El desprecio á la higiene llega hasta lo imposible; á nadie se le obliga á lavarse, ni se encuentra lugar destinado á ello; hay criatura que no se moja más que cuando llueve, y, sin embargo, las camas están tan unidas, que sólo se puede entrar en ella por los pies; y mientras que las personas están por alojadas que los brutos, hay otros locales desocupados, donde no duerme nadie.

Al preguntar la causa de semejante anomalía, me dijeron que era por ahorrar el aceite.

Con semejante sistema de alojamiento y con una falta de aseo tan completa, bien puede decirse que nadie está libre de parásitos, y algunos se ven devorados por ellos.

La ropa de los muertos y la de los que salen en libertad, cuajadas, no ya sólo de piojos, que esto sería lo de menos, sino de microbios, como el de la tisis, que llevan la muerte consigo, se le da al primero que llega; y tan es así, que más de una vez he oído decir: «esa es la chaqueta de fulano, que murió hace dos meses».

Para que le den ropa nueva se necesita que traiga mucha condena, ó que sea algún recomendado.

Con el calor que se pierde en el taller de herrería podría, en una estufa, desinfectarse al menos lo que procede de la enfermería. Pero ¿quién piensa en eso?

Las escuelas son más nominales que efectivas, y muy pocos son los que sacan de ellas algún provecho. No hay biblioteca; y las gramáticas, los diccionarios y libros de instrucción eran en Valladolid perseguidos de muerte.

La mayoría de los que trabajan en talleres no pasa de cinco á seis pesetas al mes, y algunos algo menos, como los tirafuellos en el taller de herrería, que tenían diez céntimos de jornal. ¿Cuántos infelices de esos he visto dejar allí sus huesos!

¿Y qué diremos de la parte moral? La sordomía está elevada en el presidio á la categoría de institución, siendo, como el juego, una de las principales fuentes de ingreso para los cabos, que cobran, por lo que ellos llaman *casamientos*, con la misma formalidad que si fueran empleados de aduanas ó de consumos. Esto es odioso, bajo, vil y repugnante; pero, desgraciadamente, verdadero.

Por lo dicho respecto á la enfermería de la cárcel, podrá juzgarse lo que será la del presidio; he visto á un epiléptico, que estaba casi imbécil, darle, por orden del médico, un purgante por la mañana, y por la del encargado de la enfermería (que al fin murió en ella y era un histérico que sentía verdadero horror por los pobres y los desgraciados) un baño frío, que se daba poniendo al enfermo desnudo en medio de la sala, y mientras un enfermero ó dos lo sujetaban, otro, provisto de una escoba de mano, de palma, y un cubo de agua fría, lavaba al infeliz como si fuera un madero: no digo un animal, porque no creo que en ninguna parte se empleen escobas de palma para tal objeto. Al día siguiente, como era de esperar, el enfermo había muerto. Dios se había acordado de él, como diría un cristiano.

No era la primera vez que yo veía cosa semejante: ya había presenciado lavar de esa manera diez ó doce veces lo menos á un pobre viejo catalán, ciego y atacado de enteritis, que aunque al principio aguilaba, no tar-

do, con tan racional tratamiento, en hacerse crónica y producir la muerte; pero su naturaleza de hierro luchó con una energía extraordinaria, durando unos tres meses los sufrimientos de aquella víctima infortunada.

He visto... pero, ¿á qué seguir? ¿Acaso no he dicho ya lo bastante para que todos puedan formarse idea de cuál es la suerte del preso en la prisión?

Lo que no he visto nunca es á una de esas personas que pertenecen á las Juntas de Prisiones venir á preguntarles á los presos cómo se encuentran, qué necesitan, en qué se les puede favorecer; eso no lo ha hecho nadie.

Dos veces al año, el presidente de la Audiencia, acompañado de los magistrados, pasa una revista, en la que, como es de presumir, nadie se atreve á chistar, y desgraciado del que lo hiciera. Y como la comunicación del preso con su familia es en público, y la correspondencia está interrumpida, éste se encuentra como en un desierto, sin poder manifestar á nadie lo que le pasa y sin tener quién le defienda.

Ya creo haber expuesto, si no todo lo que puede decirse de las prisiones, al menos lo bastante para que se pueda apreciar su maléfico influjo, y comprender la necesidad de reemplazar este sistema bárbaro y cruel por uno racional y humano, en el cual no fuera necesario que algunos perdieran, como en éste, lo que el hombre debe apreciar más que la vida: la dignidad. Entonces la mortalidad, que hoy se acerca á la aterradora cifra de 40 por 100, descendería á su nivel natural, y la prisión no sería un medio vergonzante de deshacerse, á la sombra y entre sus muros, de aquellos que la sociedad no ha tenido el valor de asesinar á la luz del día en la plaza pública.

FERMÍN SALVOCHEA

Cuervos graznando

Los curas que en Bilbao secuestraron el cadáver de un albañil, reventado al caerse de un andamio puesto en una iglesia en construcción, debían haber procurado antes asegurar la vida del infeliz obrero, mandando al contratista que protegiese el andamiaje con los resguardos pertinentes y pagándole equitativamente para que lo hiciera así. Esto, suponiendo que las obras no se estén ejecutando por administración y los curas tiren de la cuerda como acostumbra.

Las autoridades que consintieron el atropello inaudito de la clergalla, tolerando que ésta dispusiese el entierro católico contra la voluntad expresa del finado, y no ampararon en su derecho á los compañeros de la víctima cuando protestaron de la intrusión clerical, debían también haber previsto el caso, haciendo que los curas ó el contratista, ó todos juntos, proveyesen á la seguridad de los trabajadores, cuya vida se arriesga á la malaventura de unas tablas y cuatro cuerdas de ahorcado.

Muy en carácter estuvieron el clero y los fieles al llegar la policía: pues viéndose reforzados, prorrumpieron en insultos contra los socialistas, compañeros del muerto, en la misma puerta de la iglesia, mezclando las notas del *Miserere* con los gritos de ¡maldita sea tu madre! y el *resquiescant in pace* con ¡te voy á reventar!

Aviados están los bilbaínos con las bandadas de cuervos que se ciernen sobre sus cabezas ó se posan, ojo avizor, en los picos de sus montañas.

Sin embargo, el día que Bilbao tuviera ocasión de demostrar que está vivo y bien vivo para la libertad, aquel día saldrían escapados los cuervos.

Son aves que solo graznan alrededor de los cadáveres.

TODO LO ABARCA EL PROGRESO

I

A la puerta del ventorro, sentados bajo el parral que con sus pámpanos verdes movediza sombra da, comiendo un plato de migas en santa fraternidad está la cuadrilla toda del señor Quico el Pardal. Famosa por sus hazañas en el arte de robar á campo abierto, y luchando con cuantos peligros hay, es dueña de la comarca, y reina de modo tal, que la agasajan las gentes por donde quiera que va.

II

Cuando en la fuente quedaban las cucharas nada más y ya sin alma la bota estaba para expirar,

subiendo por la vereda que viene de la ciudad apareció el señor Quico sobre un hermoso alazán

III

—A la paz de Dios, señores,—dice el bandido al llegar, y—á la paz de Dios—responder con respeto los demás.

Y después de echar pie á tierra y un trago al cuerpo, y limpiar con el dorso de la mano su barba, canosa ya, así dice á su cuadrilla con un tono paternal: —Hijos míos, el progreso es ley de la humanidad, y lo veréis adelante donde quiera que vayáis. Nosotros los bandoleros, para ganarnos el pan hemos vivido hasta ahora sin dormir ni descansar, aquí huyendo, allí matando de frente, en lucha campal, siendo fieras, cuando somos hombres como los demás. En este tiempo eso es cosa que no pega, la verdad. Así, la ley del progreso que debemos acatar, ha cambiado nuestro oficio de manera radical. Lo veréis si en lo que pasa en toda Europa os fijáis; unos, muy piadosos, fundan un asilo ó hospital, lo administran y se comen los enfermos además; los otros, más atrevidos, forman una sociedad para hacer cambiar el mapa ó para otro asunto igual; valientemente los menos, cobardemente los más, se lucran á costa ajena y viven en santa paz. Con que así, queridos hijos marchemos á la ciudad, y poniéndonos levita, ó abrigo de piel ó frac, y abandonando el trabuco, que de nada sirve ya, vamos todos á ser unos caballeros, y... á robar.

J. E.

Protector de carcas

El gobernador de Valencia no autoriza la manifestación anual dedicada á la memoria de los oficiales del ejército fusilados por los carlistas en Burjassot.

Si se tratase de un *aplech* carlista proyectado para echar las sotanas al aire y de paso unas cuantas injurias á la libertad, el gobernador de Valencia daría su autorización, como hacen otros procónsules.

Y esa actitud no corresponde al historial de la primera autoridad civil de la urbe levantina; porque allá en sus tiempos, según dice un periódico, combatió al carlismo con fe y entusiasmo. Pero es tal la presión del gobierno, tal la preponderancia frailuna, y tan flexibles van poniéndose los espinazos, que hasta los más grandes caracteres se encorvan, y con mayor motivo aquellos que ya pasaron por el aro de un gobierno civil.

Negar al pueblo y al ejército un acto de convivencia donde podrían manifestar su indignación contra los infames asesinos que vertieron sangre liberal y mancillaron la patria, es transigir en demasía con la maldad reinante, todavía en acecho de nuevas víctimas y nuevos despojos.

La manifestación prohibida significa, como dice muy bien EL MERCANTIL VALENCIANO, «amor inmenso á los mártires de la libertad, pues desde el momento en que éstos fueron militares, significa también cariño inmenso del pueblo liberal al ejército que supo morir por la patria».

Pero es tarea propia de los que nos rigen ahondar la separación entre pueblo y ejército, poniendo en medio de los dos la figura de un fraile para que sea la unión imposible. Divide y vencerás, se han dicho; y tratándose de dividir, nada como el espíritu frailuno: hace oficio de cuchilla carnícera y se lleva pedazos de carne adheridos, de modo que no haya quien junte á la perfección las mitades del cuerpo.

Más frailes

Pareciéndole á un periódico clerical que hay muy pocos frailes todavía, pide más.

Si así interpreta fielmente el deseo de sus lectoras, lo felicito por su galantería, si bien

no le envidio el papel que ha tomado á su cargo.

Si así no fuera, esto es, si pide más frailes por propia inspiración, quiera el cielo que ninguno de los hijos de sus lectores tropiece con un P. Román como aquel escolapio perforador que dió hace seis ó siete años con sus huesos en la cárcel de Barcelona.

Podrían los chicos echarle mañana la culpa de cualquier probable desperfecto por su afán de convertir á España en una sucursal de las dos célebres ciudades bíblicas y estéticas, y darle algún disgusto, que yo sería el primero en lamentar.

Las cosas en un justo medio están bien, siempre que este justo medio no sea el que suelen buscar los Padres Romanes.

REMEMBRANZA

La Iglesia era ya rica cuando la invasión de los bárbaros, pero sus riquezas se aumentaron considerablemente bajo el nuevo régimen. Dueños de inmensas posesiones, los reyes fueron pródigos para con el clero: creían que enriquecer á la Iglesia era el más seguro medio de trabajar por su salvación en la otra vida y por su prosperidad en ésta. El móvil no era muy puro ni muy desinteresado, pues como se ve, en la generosidad de los bárbaros entraba por mucho el cálculo.

En el preámbulo de la donación que hizo el rey Pepino al monasterio de Metz se lee lo siguiente: «Yo, Pepino, y mi esposa, pre-ocupados de nuestra salvación, donamos, etcétera, á fin de recibir de Dios, en cambio de los pequeños bienes que le ofrecemos, otros más grandes bienes, bienes celestes en cambio de bienes terrenales.»

Carlos Martel, en una donación hecha á la iglesia de Utrech, se expresa de este modo: «Reflexionando en la fragilidad humana y en los medios de lavar mis pecados, para que por la gracia de Dios pueda llegar á la bienaventuranza eterna, me he decidido á donar...»

Un diploma del rey Lotario nos demuestra que los bienes que se donaban á los santos nos conciliaban su protección, y que ésta aprovechaba al donante así en este mundo como en el otro.

Hay numerosas liberalidades hechas por enfermos persuadidos de que su mal era un castigo, del cual podían rescatarse donando una parte de sus bienes á la Iglesia. Lobi-neau, en su Historia de Bretaña, refiere que hasta se encuentran donaciones hechas para curarse del mal de ojos.

De manera que las donaciones eran contratos bilaterales—*do ut des*—por los que los fieles donantes se prometían obtener una ventaja temporal ó adquirir la bienaventuranza eterna.

Verdad es que apenas se establecieron los germanos sobre el territorio del imperio, empezaron á oírse recriminaciones contra la codicia del clero. El rey Clodoveo decía: «Los santos son amigos seguros, pero muy caros.» Idéntico lenguaje emplearon Chilperico y Alejandro Magno.

Afortunadamente para el clero, la cosa, aunque con bastante merma, aún colea.

RIOTINTO

¡NO HAY CARIDAD, SEÑORITO!

Otra vez el guarda.—El joven que fosa.—Las galerías arden.—¿Hasta los trabajos se venden.—¿Hay que hacer una revolución?—Un ingeniero encanallado.—El suicida.

—¿Qué se le ha perdido por aquí?

—Nada.

—Es la segunda vez que le encuentro su-rioseando...

El gesto agrio del guarda y sus grandes voces me desconciertan. No sabiendo qué decirle, le digo una tontería:

—Antes quería ver las calles hundidas, pero ahora sólo me interesan los trabajos de la «corta».

—De la corta, ¡eh!... Márchese pronto y no vuelva por aquí, si no quiere que dé parte al ingeniero...

Con la cabeza baja tengo que desandar lo andado, y no sabiendo adónde encaminar los pasos, tomo por una empinada carretera que, describiendo curvas, sube á la Mesa.

En mitad del camino encuentro á un joven, que al principio me parece mendigo; sus ropas están hechas trizas, y por los grandes agujeros de las alpargatas asoman los pies. Está distraído contemplando el continuo ir y venir de los trenes, que por los bancos practicados en las montañas circundantes transportan el mineral de las «cortas». De tiempo en tiempo el joven se lleva las manos al pecho, sacudido violentamente por una tos seca, pertinaz y profunda.

—¡Mala tos! —le digo acercándome.

—¿Cree usted?... me pregunta fatigado y con mortecinos ojos.

—Tiene que curársela.
—Sí; debo de curarme. Este pecho no está bueno.
—Y debe darse prisa.
—Es usted médico, señorito?
—No... pero entiendo algo de eso.
—Si hubiese sido usted médico, que pudiera mandarme algo!... Hace tiempo que he pensado en presentarme á reconocimiento; pero temo que el doctor me dé de baja y no pueda trabajar.
—Peor será que continúe así.
—Es verdad; ya apenas puedo resistir... ¡Este pecho!... Pero si me dan de baja para el trabajo, la Compañía sólo me abonará medio jornal. ¿Cómo podré arreglármelas con cinco reales y medio?
—Haciendo un esfuerzo.
—Imposible; tengo que enviar á mi madre la mitad de lo que gano.
—¿No es usted de aquí?
—Soy de la provincia de Zamora, y la falta de trabajo me obligó á emigrar. En el pueblo tengo á mi madre, que está ciega, y á tres hermanillas que caben bajo un celémín. Si no fuese por mí, se morirían todas ó tendrían que pedir limosna. ¡Figúrese si el médico no me deja trabajar!
—¿Ha padecido del pecho alguno de su familia?
—Que yo sepa, nadie. Estas malditas minas son las que me han puesto así. Llegué en Octubre y estoy ya deshecho.
—¿Dónde trabaja?
—En la contramina, en el peor sitio. Yo preferiría las doce horas diarias de la corta á la hora y media ó dos horas que puedo resistir abajo, en aquel infierno de calor y de humo.
—Dicen que arden las galerías.
—Sí, señor. Desde que ocurrió el hundimiento y entraron las aguas, las masas de cobre están hundiéndose. ¡Si usted pudiera asomarse! Allí sólo se trabaja por contrata y vamos los infelices que no tenemos recomendaciones ni dinero para que los encargados de los trabajos nos destinen á otra faena. ¡No hay hombre que resista sano dos meses, y yo llevo ya cerca de diez!... Da rabia trabajar en aquellas oscuridades, señorito... El humo nos ahoga y parece que se aplasta dentro del pecho. Vamos casi desnudos, y el sudor nos sale á caños. Hay momentos en que la cabeza da vueltas y se siente que va uno á morir: entonces no hay más alivio que llevarse á los labios el botellín de aguardiente con agua que todos bajamos, y seguir trabajando entre el humo apesotado que nos mata. Cada momento nos retiramos unos para salir á respirar, y otros siguen en nuestro puesto. Hay sitios donde apenas podemos resistir un minuto, y si no salimos corriendo, en el segundo minuto caeríamos asfixiados.
—¿Y cuánto trabajan al día?
—Según el sitio y el estado de la contramina. Yo soy de los que más hacen por resistir; el jornal es pequeño, y como tengo que cuidar de mi madre y hermanas, he de esforzarme en ganar algo más. Muchos días sólo puedo trabajar una hora. Ayer entré á las seis y salí á las siete y media. Hoy no hemos trabajado. El ingeniero del departamento ha dicho que se suspendieran hoy las tareas, porque las galerías están tan llenas de humo que no era posible entrar. Un día más que perdemos el jornal.
—¿Y por qué no solicita otro trabajo menos rudo?
—¿Conoce usted alguien á quien recomendarle?
—Soy forastero.
—Entonces todo es inútil. Yo quisiera que me hiciesen barrendero; el trabajo también es duro, pero se gana algo más. Como tengo que enviar dinero á mi madre, con el resto apenas me queda para comer, y en los nueve largos meses que estoy trabajando, todavía no he podido ahorrar cinco ó seis duros para dárselos á un capataz y que me traslade de faena.
—¿También se vende eso?
—¡Ya lo creo, señorito!... Esta gente no tiene pizca de caridad, y todos son á enriquecerse con el sudor del pobre... ¡Pero ve usted qué tos; parece que me ahoga!... Si todos pensasen como yo, cualquier día hacíamos una revolución en estas minas... Aquí se vende todo, señorito. Así me he comprado la Casa Grande, donde están las oficinas, y verá un anuncio que dice: «No se admiten trabajadores.» Pues bueno; póngale cinco duros en la mano á cualquier capataz, y al otro día tendrá papeleta admitiéndole en las tareas.
—¿Y eso lo saben los ingenieros?
—Naturalmente; como que ellos van á la parte.
—¿Está seguro?
—Entendámonos; no todos. Hay uno que es partidario de que los trabajos se hagan al aire libre, y ese es incapaz de tomar nada de nadie. Pero hay otro... ¡Usted no puede figurarse lo malito que está! El día que aquí se arme una revolución, no le arriendo la ganancia... Nadie le quiere: á todos nos insulta, á todos nos dice animales y que no queremos trabajar... Animales sí que somos; pero que el minero de Riotinto es mal trabajador, eso no lo dice el jefe de los ingenieros, ni ningún empleado, ni nadie más que él... ¡Usted no puede figurarse las cosas sucias que ese hombre hace! Pregunte á cualquier persona del pueblo, y ya verá como sólo le cuenta horrores. Todas las mujeres malas lo conocen, y las recomendaciones que ellas le hacen siempre las atiende. Cuántos que hoy se enriquecen en las con-

tratas de su departamento lo deben á tener hijas bonitas!... ¿No irrita que los desvergonzados se paseen y tengan dinero, mientras los demás nos vamos quedando á pedazos en las contraminas?... Créame usted, señorito, aquí no hay caridad, y hace falta una revolución!...
—¿No se fatigue, que le hace daño!
—Tiene usted razón; esta tos parece que me arranca el pecho... ¿Cree usted que moriré pronto?
—No es para tanto; pero le conviene visitar al médico.
—Quizás vaya mañana, cuando deje el trabajo; pero, aunque me cueste dos pesetas, buscaré á un médico que no sea de la Compañía, y si dice que estoy malo y que no debo seguir trabajando, entonces... entonces... ¿Oye la tos? Parece la voz del minero en lo hondo de una galería.
—¿Entonces, qué?
—Se lo digo porque es usted forastero y no me denunciará. Yo he recogido esta enfermedad tragando el humo de las telas, y si me muero la Compañía debe de indemnizarme, porque muero por ella; pero dicen que la ley no le obliga á pagar si el obrero muere de enfermedad, y tendré que acudir al accidente...
—¿Cómo?
—Al entrar en la contramina ya me las arreglaré de manera que me aplaste un liso... Así podrá cobrar mi madre la indemnización y no morirse de hambre.
El joven siguió tosiendo.

M. CIGES APARICIO

Las dos borracheras

En la iglesia de San Juan, de Málaga, hace pocos días penetró un borracho cuando el páter estaba pronunciando un sermón, y se puso á blasfemar por todo lo alto.
No se sabe quién del público, creyendo que el borracho ardía (y no le faltaba mucho), dió la voz de fuego, precipitándose los fieles á la salida en horroroso tumulto y causándose la mar de confusiones.
Siempre que ocurren sucesos análogos en las iglesias, los fieles acuden á talones, mostrando que no tienen pizca de fe. No te fies de la Virgen y corre; así habrá que modificar la antigua frase, despojándola de su forma irónica y reintegrándola en su recto sentido, en vista del ejemplo que nos dan los devotos cuando llega la precisa ocasión de patentizar sus creencias.
En prueba de que el borracho lo estaba á más no poder, hasta el punto de no saber lo que pescaba, resta añadir que, cuando le iban buscando, se metió de hoz y de coz en el templo entre sus mismos pesquisidores. Lleváronle á la prevención, y los fieles, sugestionados aún por las máximas evangélicas muy piadosas que había derramado sobre ellos el intérprete de la palabra divina desde el púlpito, le siguieron y persiguieron, pidiendo á voz en cuello á la autoridad que le matara en el acto.
Ahora díganme los moralistas cuál de las dos borracheras es más mala, si la de vino ó la de sangre.

TODOS CONTRA ÉL

Hay un párroco en un pueblo cercano á Mieres, al que pudiera aplicarse en gran parte el célebre epigrama:
¿Véis esa repugnante criatura,
chato, pelón, sin dientes, estevado,
tuerto, haraposo, viejo y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.
Feo subido, esbelto como un odre, cojo, antipático... Tal es en lo físico.
Y para juzgarlo en lo moral y lo religioso, baste decir que de 200 vecinos que tiene el pueblo, 198 se han ido en queja contra él al obispo. Sólo han permanecido á su lado el cartero y el enterrador; este último por afinidad de oficio.
De la secretaría del obispo ha pasado la denuncia al arcipreste, señor que no acostumbra á jurar en falso.
Estaré á la mira de lo que resulte, para dar detalles de los dos: del arcipreste y del cura.

Del ambiente moderno

Sobre el proletariado

Carlos Max lo dijo: «La emancipación del proletariado ha de ser obra del proletariado mismo.» Yo, en contra de lo que afirma el gran sociólogo, creo que la emancipación del proletariado será obra de todos los espíritus sanos. Ahora bien: ¿cuántos espíritus sanos se interesan por la suerte del obrero? Realmente muy pocos.
En política, en religión, en literatura, en el teatro, en el libro y hasta en el pentágono, la cuestión social se debate y el problema del bienestar del obrero se resuelve con más ó menos poesía; pero en la vida, en la práctica, ya es otra cosa; el obrero, con el bagaje de sus ignorancias seculares, abandonado de todos, perece aniquilado si se

rebela, ó vive en continua explotación si se resigna. La prensa grande sólo se ocupa de él cuando en la calle perece de hambre y con su muerte da una pincelada macabra en la columna destinada á relatar los sucesos del día; y la justicia, la decantada justicia de esta sociedad cristiana, sólo tiene noticia de que el interfecto existía cuando va á levantar su cadáver.

Y esa prensa grande, que tan someramente se ocupa del proletariado, forma nutridas galerías con notas de sociedad, secciones de cultos y revistas de toros, en las que adula al prócer imbecil y al desvergonzado histrion que profana el arte con sus desplantes en los circos, con sus piruetas en el coliseo.

Esta es la prensa—salvo honrosas y raras excepciones—la prensa que ayuda á subir á tantas nulidades recomendadas, y en cambio niega espacio para sus producciones á los que pudiéramos llamar proletarios de la pluma...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo.

Pobres ricos

Entre los grandes accionistas del Banco de España se cuentan: la Fundación benéfica de Ramón Pla, con 3.823 acciones; el Colegio de niños pobres de la Constancia, con 1.400; la Fundación de D. José Goyeneche y la de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, con más de 900 cada una; el Colegio de huérfanas pobres de San Juan de Vilatorca, con más de 800, y la Obra Pía de Moctezuma, con más de 700.

No es cosa de reparar en otros institutos por el estilo que tienen menos de 700 acciones: una verdadera miseria. Pero se me ocurre preguntar:

Si hay tantos pobres ricos, ¿por qué no socorren á los pobres pobres? Si hay tantos huérfanos con acciones en el Banco de España, ¿por qué no mitigan el hambre de tantos huérfanos como hay en España, pero sin acciones del Banco? ¿Para qué tanta fundación piadosa, tanta obra piadosa, ricas, opulentas, si se muere la gente en las calles por no tener con qué alimentarse?

Nueve personas fallecieron de hambre en Madrid el pasado Marzo; nueve padrones de ignominia que alzó la realidad enfrente de esa farsa de las obras piadosas.

Aquí no hay más acciones buenas y dignas de veneración que las del Banco y las grandes Compañías, los *Trust*, los Monopolios...

¡Viva el becerro de oro y vivan los hebreos! Las serpientes vengadoras vendrán más tarde.

¡Pero vendrán!

DISCORDIAS, ODIOS Y ABUSOS

Este es el fruto que por todas partes produce el clericalismo. Verdad es que tampoco puede fomentar otra cosa, porque el catolicismo no posee más semilla para sembrar que la que da de sí tan perniciosos efectos.

La historia de la Iglesia es la historia de todas las luchas, rivalidades, odios y discordias que han llenado de sangre y lágrimas á toda la Humanidad. El fanático creyente que, ateniéndose á un texto aislado, tiene que empezar por odiarse á sí mismo, acaba sin dificultad por odiar á todo y á todos. De este odio nace un manantial inagotable de pequeñas rivalidades, abusos, luchas enconadas, emulaciones y deserciones que todo lo infestan allí donde el clericalismo sienta sus reales, sea en la forma que sea.

Cuanto más clericalismo hay en un pueblo menos paz disfruta. Y lo que afirmamos de una nación se puede aplicar á una ciudad, aldea, agrupación, Sociedad ó individuos. El clericalismo enciende sus envidias, pone armas en sus manos, prevenciones en sus juicios y recelos en todas sus obras. ¿Y esta es la religión de amor de que nos hablan los panegiristas católicos? Valor se necesita para afirmarlo. A fortalecer más estos asertos vienen todos los días numerosas cartas que me dirigen desde los pueblos de Cataluña, donde á medida que avanza la ola negra clerical la paz huye, surgen las contiendas y odios enconados entre vecinos, amigos y hasta parientes.

En las grandes ciudades, donde se respira algo más de libertad ó independencia, no sabemos lo que significan estos odios clericales de campanario. Tienen que fingir catolicismo aunque lo repudien infinidad de personas; están á partir un piñón con párrocos despóticos, egoístas, soeces y escandalosos; ir á misa, confesar é inscribirse en la cofradía so pena de verse aislado como un apestado y, lo que es peor, sitiado por hambre. Claro está que una religión así, forzada, impuesta por el temor de dientes afuera, no es tal religión; pero es la forma, la apariencia de ella, y eso le basta al clericalismo y con eso se contenta. Ríndanse los homenajes, y por dentro sea cada uno escéptico ó ateo, eso no le importa.

Diariamente llegan á mí de diversos pueblos de la provincia y diócesis de Barcelona quejas que indican que las ideas liberales avanzan muy despacio en este país, donde todavía la sotana del cura se considera un poder mágico y superior á toda ley y autoridad. Algo hacen en pro de las ideas avanzadas los que me denuncian los abusos clericales perpetrados en las localidades en que viven; pero deben hacer algo más, y es cooperar con su conducta, con su autoridad, con su influencia á poner algún coto al desenfreno clerical, siendo algo más valientes, no avergonzándose de sus convicciones, que han de procurar llevar al terreno de la práctica. Aprendan de sus enemigos los clericales. Observen cuán unidos están y cómo se mueven y brujulean para sacar adelante sus intentos.

No están los tiempos para estériles lamentaciones; los buenos republicanos, los de castizo abolengo, están obligados á más: á que en su conducta, en su casa, en sus palabras, en sus negocios no haya nada que huela á concesiones cobardes al enemigo. Si toleran, disimulan y transigen con los clericales, serán sus primeras víctimas. A la guerra hay que responder con la guerra, y al que nos da un palo no hemos de corresponderle con un abrazo. Usemos las mismas armas que nuestros enemigos, sus círculos, Sociedades, hojas de propaganda, discursos y todos los actos civiles que se puedan como bodas, entierros y bautizos.

El clericalismo alienta en España por culpa de todos y, sobre todo, por la inmensa cobardía de los que tienen un deber sagrado de conciencia en combatirlo. Por fas ó por nefas, casi todos los liberales y republicanos resultan fautores y cómplices de ese, que es el verdadero, el único enemigo de todos. ¿No quieren variar de conducta? Pues entonces no se lamenten de que el clericalismo siembre sus odios, rencillas y discordias por todas partes. Cuando se puede combatir un mal y no se hace, se pierde el derecho á lamentarse de él.

FRAY GERUNDIO

CRISTO

¡Habría que verle hoy en la tierra! ¡Habría que verle contemplando los resultados de sus predicaciones! ¡Habría que verle escuchando en cualquiera de sus mismos templos cómo los clérigos explotan sus doctrinas, convirtiendo en industria sus máximas, en mercadería sus mandatos, en agio sus consejos! ¡Habría que verle, al contemplar cómo sus discípulos de hoy venden en los púlpitos sus panegíricos, convirtiendo en pesos duros los sermones en que relatan los padecimientos suyos y las lágrimas de su santísima madre! ¡Tiempo perdido!—exclamaria, al ver cómo se trafica hoy con sus doctrinas de abnegación y hasta con los martirios que sufrió en la cruz.

Allí un reverendo señor contándonos la pasión de Cristo, con todos sus horrores, y cobrando un puñado de pesos por el relato. Más allá otro señor reverendísimo, cubierto de púrpura y sedas, con anillo de oro, manos enguantadas, predicando la humildad de Jesús, ensalzando su ejemplar pobreza, condenando, como él, la vanidad y el orgullo, y al mismo tiempo haciendo alarde de vanidad, de orgullo y de soberbia con sus recamadas vestiduras, sus ensortijadas manos, su empaque altivo, cobrando miles de duros de las rentas del Tesoro público, amasadas con el rudo trabajo del obrero, y haciéndose llamar Excelentísimo ó Ilustrísimo Señor.

Y en tanto el mundo, empeñado en la feroz lucha de la avaricia, de la ambición. Casas de banca manejando con fiebre delirante millones y millones, mientras otros mueren de hambre. Empresas de monopolios irritantes sorbiendo enormes subvenciones del Estado. Comillas, el católico, la Azucarera, los grandes Bancos financieros atiborrando sus arcas con el dinero de la Nación; capitalistas engordando con empresas y monopolios, y el país esquilado, empobrecido y abandonado por tantos infelices que emigran de su patria perseguidos por el espectro del hambre y la miseria.

Pero ¿a quienes le contarán curas y frailes y obispos y arzobispos, la caridad, la humildad y el amor de Cristo? ¿A quienes le contarán la pasión y muerte de Jesús por redimir al mundo, si el mundo continúa tan mal ó peor como en los tiempos en que Jesús ha muerto?

¡Pasión! No; la pasión de Cristo á nadie le importa hoy más que á los que con ella comercian y trafican. La pasión es hoy del pueblo sufrido, esquilado, empobrecido; del pueblo escarnecido, azotado, escupido por caciques y tiranos; del pueblo clavado en la cruz de la avaricia y ambición de los que lo explotan.

Y esa pasión y muerte del pueblo así abofetado, no es de hoy, es de siempre, es de todo tiempo. Para él no hubo redención, aunque Cristo por él hubiera muerto.

En los púlpitos podrá decirse que Cristo nos ha redimido. Se cobra por decirlo. Los que pagan por oírlo, dirán que Cristo ha muerto como muere todo mártir de ideas de libertad y amor. El pueblo continúa irredento, digan lo quierán curas, frailes, obispos y arzobispos.

EL MARINENSE

SECCIÓN AMENA

El Cristo del coscorrón

—Tío Mateo, dice el señor cura que venga usted a ayudar al sacristán a limpiar el altar mayor.

—¿Y los dineros?

—Ya sabe usted lo que se da; seis reales por toda la tarde.

—Menos da una piedra. Iré, por más que el Cristo no me debe querer mucho a mí.

—¿Por qué?

—Porque le ofrecí un par de misicas cuando estuvo mala mi entenada si se curaba, y se curó y no se las pagué.

—Bien podía usted haber cumplido, porque pa no cumplir no le cabía a usted prometer.

—Verdás es, pero el tempero ha sido malo y este año la cosecha pa tú no la quisías.

—En fin, llá usted. Conque esta tarde a las dos venga usted a ayudarme.

—Bueno, hombre, bueno.

En la iglesia.—El sacristán y Mateo limpian el altar. Mateo, al querer levantar el Cristo grande, se le cae encima y le hace una gran herida en la cabeza.

Mateo.—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Socorro!

El sacristán.—¿Por qué lo ha tocado usted? ¿No ve usted que es muy grande y que no podía usted sostenerlo?

—¿Que me estoy desangrando!

Acude el cura, los vecinos, mucha gente. Mateo se pone muy malo; hay que llevarle a su casa y la conmoción cerebral se complica.

Su mujer.—Bien empleado se te está por no cumplir. ¡A Dios no se le engaña!

—Sí, sí, ya veo que me la ha guardao. ¡Ay, María, yo estoy muy malo; veo lucecitas por toas partes!..

El médico aconseja que le confiesen, porque no responde de su vida.

En efecto; a la noche se agrava, delira, tiene casi perdido el conocimiento.

—¡Pobre Mateo!—dice todo el pueblo.

Hay una verdadera consternación.

Se avisa al señor cura; apenas puede confesar al enfermo, porque éste responde de un modo incoherente. ¡Pobre Mateo!

Antes de darle el viático, el cura le enseña un Cristo chiquito que trae en la mano y le dice:

—Mateo, Dios te viene a ver; pídele perdón de lo que le has ofendido...

Mateo abre los ojos, mira fijamente a Cristo, y exclama:

—Piquínico eres; pero como traigas las intenciones del otro... ¡purgatorio tengo parato!

EUSEBIO BLASCO.

El pan celestial

Por arenosos senderos de la región africana, cruzaban una mañana de Julio dos misioneros.

Paso a paso iban los dos por el desierto paraje, sin encontrar un salvaje para hacerle amar a Dios.

Y aunque la arena candente sus desnudos pies calcina, y el sol, que el orbe ilumina, tuesta la piel de su frente, ellos con ruda entereza recorren milla tras milla ¡sin llevar una sombrilla, ni una chica de cerveza!

—Hermano—dijo uno al fin—siento desfallecimiento y estoy cansado y sediento...

—¡Callad, ¡por Dios! fray Quintín

Si el Sahara es enojoso, tened por seguro, hermano, que en el oasis cercano encontraremos reposo.

—Esa esperanza me alienta, fray Simón, pero aun con todo, viajar mucho y de este modo no había entrado en mi cuenta.

—Mostrad más resignación, hermano, más fortaleza, y comprended la grandeza que encierra nuestra misión.

Para difundir la luz hemos cruzado el Estrecho ostentando sobre el pecho el emblema de la cruz.

Yo conozco esta región que otra vez he visitado, y en ella he realizado cien obras de conversión.

Es gente de escaso arrojo que idolatraba a la luna.

—¡Culto raro!—Por fortuna yo les hice abrir el ojo.

Aborrecen la pelea y son de castas costumbres. Ved, fray Quintín, las techumbres de las chozas de la aldea.

—¡Gracias a Dios! Si es más lejos no llego a la aldea sano.

—No habréis olvidado, hermano, mis oportunos consejos.

Empleando en el lenguaje dulces frases de atracción, nuestro pan de redención lo come hasta el mis salvaje.

Le cuesta entrar en los trotes pero, al fin, queda vencido; así en Joló he convertido una piara de igorotes.

—No cometeré un desliz, fray Simón, causa de duelo. Yo les daré pan del cielo si me dan pan de maíz.

Así nuestros misioneros fueron hablando animados, cuando de pronto, rodeados se encontraron de guerreros.

Hombres de mirada fiera y de continente bravo, que no usaban taparabo ni cosa que lo supliría.

—¿Qué es esto?—dijo alarmado fray Quintín, y entre confuso y triste, el otro repuso:

—Esto... ¡que me he equivocado!

—¿Equivocado? ¡No atino!...

—¿Qué desgracia, Dios clemente!

—Pero ¿qué es?—Sencillamente que tomé mal el camino...

—¡Jesús! ¿Es decir, hermano?...

—¡Que hemos dado en nuestro viaje con la tribu más salvaje del territorio africano!

—¡Fray Simón!—Como os lo digo

—Y esta kábila infernal, ¿no querrá pan celestial?

—Ni aunque fuese pan de trigo.

—¿Entonces?—¿Ay, compañero,

por mi torpeza os inmolo!

¡Quintín!... ¡Estos comen solo

chuletas de misionero!

A. D.

A un joven que iba a confesar para casarse al día siguiente, le preguntó el cura:

—¿Sabe usted los misterios de la Pasión y Muerte?

—No, señor; es la primera noticia que tengo.

—¡Hombre, una cosa que sabe todo el mundo!

—Entonces, ¿por qué dice usted que son misterios?

Al ir a dar la Unción a un baturro, el sacristán que alumbraba dejó caer una gota de cera sobre una de las piernas del enfermo.

Este abrió los ojos y exclamó:

—Redíos, ¿qué hace usted?

—Le doy la unción—dijo el cura.

—Pues la trae usted abrasando—replicó el paciente.

UN ESCARMENTADO

—Acúsme, padre, decía un mocetón del campo a un fraile con quien se confesaba, de que entré en la huerta del tío Roque a coger un nido de ruiseñores.

—¿Y por dónde entraste?—preguntó el fraile.

—Por un portillo de la cerca.

—¿Y los cogiste?

—No, señor; eran aún chiquitillos; pero ahora ya deben tener plumas.

No olvidó el fraile las señas, y al día siguiente ya tenía los ruiseñores en una jaula.

Volvió al año siguiente el mozo a confesarse, y entre varios pecados, dijo:

—Acúsme de que hace cuatro domingos no voy a misa, porque me entretengo charlando con una chica muy guapa.

—¿Y quién es ella, hijo?

—Pase lo del nido de ruiseñores, padre—exclamó el mozo; pero antes me hacen pedazos que darle a usted las señas de la muchacha.

Se presenta a un misionero un jefe de Nueva-Zelanda pidiendo ser bautizado.

—¿Cuántas esposas tienes?—le pregunta el misionero.

—Catorce—contesta el salvaje.

—Pues entonces no puedo bautizarte, por que nuestra religión prohíbe la poligamia.

Se aleja el jefe y al cabo de un mes vuelve a presentarse.

—Ya podéis bautizarme, padre; no tengo más que una esposa.

—¿Y las otras?

—Me las he comido.

Un cura medio loco fué a administrar la comunión a una mujer, y por más vueltas que daba a la llave del Sagrario, no podía abrir; sacaba la llave, la soplabá, volvía a meterla, y cansado ya de forcear y de dar vueltas, exclamó:

—¡No puede por menos de haber aquí dentro algún demonio!

Un rabino enseña la historia de sus antepasados a varios jóvenes judíos. Hablando del episodio de José, vendido por sus hermanos, diríjese a uno y le dice:

—¿No encuentras abominable esta acción?

—Seguramente—contesta el discípulo.

—Lo vendieron muy barato.

HUMORISMO
ANTICLERICAL
POR
JOSÉ NAKENS

Precio, 3 pesetas.

A los suscriptores de EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras y sellos de Correos.

(FOLLETÓN. 14.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA
POR
OFFENBACH

Siendo, como tenía que ser, condenado a pena capital, ¿se llevaría a efecto esta condena? La opinión de todo el pueblo estaba en contra de esto. Pero, ¿y el código militar, y la disciplina, y la seguridad del orden público y aun de las instituciones, que estaban pidiendo severidad a voz en cuello? Y sobre todo, si hasta el mismo ex-presidente de la Cámara republicana disuelta por la fuerza, expresamente también de la república, había reprochado resueltamente aquella sublevación ¿iban los gobernantes monárquicos a mostrarse más republicanos que él, indulgendo al referido general de la pena de muerte? Verdad es que el Sr. Salmerón dimitió la Presidencia de la república porque no quería que se aplicase esta pena a los militares que entonces se insubordinaban y rebelaban; pero como lo que dimitía ahora era la co-presidencia, que con D. Manuel tenía, del partido revolucionario, y hacía esta dimisión en el momento y del modo que hemos referido, los monárquicos hallaban en este acto de protesta un estímulo, un voto en favor del cumplimiento de la ley. ¡Grave conflicto para el gobierno! Pero grave conflicto que también se le arregló por sí solo a D. Práxedes. Pues los periodistas, impacientes y ansiosos de conocer la resolución del Consejo de ministros en que se

había de resolver el grave asunto, y asediando al efecto al subsecretario de la Presidencia, hicieron que éste se asomase al salón del Consejo a ver qué pasaba; el Sr. Sagasta le hizo una seña indicándole que no había indulto; el subsecretario entendió que lo que no había era ejecución de la fatal sentencia, y así se lo comunicó a los periodistas. Estos entonces corren a comunicarlo a todo el mundo, y la simpática gritería de aprobación que tardó poco en dejarse oír, anunció al jefe de los liberales y del gobierno, aun antes de que terminase el Consejo de ministros, que el mundo entero había tomado sobre sí la grata responsabilidad de evitar el cruento é impopular desquite porque los señores del reino se habían decidido. De manera que todo le salió admirablemente al Sr. Sagasta, hasta la dimisión que por pudor ordenancista hicieron, o él les indicó que hiciesen, los ministros de Guerra y de Marina, y de los cuales ya de atrás venía D. Práxedes queriendo deshacerse. Por lo demás, el general Villacampa no sólo fué indultado de los cuatro tiros reglamentarios, sino que los señores del reino, llenos de generoso buen humor, lo enviaron a Fernando Pó a que se muriese cuando le diese la gana, y hasta le dejaban sobrevivir, si a su edad y con sus achaques se las arreglaba de manera que pudiese arrostrar victoriosamente los extremados rigores del ardiente y húmedo clima de aquella posesión situada en el África ecuatorial. Por desgracia, no tardó en sucumbir.

Siguieron para D. Práxedes los sucesos prósperos, y en 1888 tuvo lugar la Exposición universal de Barcelona. Trasladá-

ronse corte y gobierno a aquella población, a cuyo puesto acudieron a saludar a Sus Majestades escuadras de todo el mundo, especialmente de aquellas naciones que diez años después dejaron a gobierno y corte, y al país entero, en el mayor abandono a merced de los poderosos yankees; y no hay que decir que no faltaron allí hermosos buques ingleses y rusos, es decir, de aquellas dos potencias que luego se han disputado el honor y aun el provecho de ser particular y principalmente acreedoras al agradecimiento de los americanos por haber ahogado en flor la intención de alguna nación europea de oponerse a que aquellos aniquilasen a España. Pero tantos barcos de guerra llegaron a congregarse en el puerto de Barcelona, y tantas salvas y saludos hacían de continuo, que no habría sido muy de extrañar que el humo de tan enorme cantidad de pólvora hubiese cegado a los señores del reino, si no fuese porque siempre habían sido muy miopes y de años atrás ya tenían perdida la pupila por completo.

A todo esto el jefe del partido liberal y del gobierno... haciendo alegremente de las suyas, esto es, embromando hasta a los mismos barceloneses y aun a los catalanes todos, como cuando abrió los juegos florales (jochs florals) expresándose en catalán; pues esto, en un progresista como aquel, acérrimo enemigo de todo privilegio, fuero y lengua regionalista, no era más que un «jochs» piramidal que sólo algún Entenza, Casanova ó Berenguer de celulóide podía tomar en serio.

Continuó el Sr. Sagasta cerca de un par de años más en el gobierno, dando

al país leyes liberales que, dadas en serio, indudablemente habrían sido provechosas. Pero no se trataba más que de pasar el tiempo bromeando, jugando a la reforma liberal y al truco democrático; y efectivamente, habiéndose establecido el sufragio universal, vinieron a aplicarlo por primera vez, y a dar la norma de cómo había de ejercitarse... los conservadores, enemigos jurados de esa institución que ellos habían abolido en 1876 y que ahora habían combatido hasta con saña.

CAPÍTULO VIII

QUE TRATA DE UNOS VAPORES EN LOS QUE EL AUTOR NO ACONSEJARÍA AL LECTOR QUE SE EMBARCASE.

Por el lado del mar, la monarquía española tiene o ha tenido durante más de una veintena de años lo que ningún otro país del mundo: una gran Compañía de vapores fúnebres.

En efecto. Entre las cosas más notables que a feliz término llevó el Sr. Sagasta en el período de que en el capítulo anterior hemos hablado, cuéntase el establecimiento de un servicio funerario a través de los mares, a cuyo objeto, previa la autorización del Parlamento con el rey, procedióse a efectuar el correspondiente contrato con una Compañía que venía haciendo viajes subvencionados entre la Metrópoli y las colonias del mar de Atlante, y que por esto era llamada «Trasatlántica».

No hay que confundir, no, el nuevo servicio con el antiguo ni con el que hacen los hermosos vapores de otros países que realizan la rápida con

NOTAS VIBRANTES

Allá van unas cuantas dadas por *El Liberal*, *El País* y *España Nueva* con motivo de la Manifestación, para que las saboreen aquellos de mis lectores que no las hubieren leído. No pude insertarlas en el número anterior.

SOLOS

No han hecho falta jefes de partido, ni personajes, ni santones.

Después de todo, la ausencia de estos señores ha venido á ser piedra de toque. Ella contrasta un hecho: los señores políticos pueden quedarse en casa, sin que su retraimiento debilite en un ápice la fuerza y la voluntad de la opinión.

Solos han ido, en protesta contra inmoralidades administrativas y políticas reacciones, cien mil madrileños, cuyo desfile presenciaban, aplaudiéndolo, otros cien mil. Solos iban, sin más caudillo que su albedrío, sin más ley y mandamiento que el de sus conciencias.

Bajo el sol caminaba la multitud, sin voces, sin estrépito, sin confusión, seria y ordenada; alzando unas veces en alto los sombreros, aplaudiendo otras la presencia de aquellos hombres que merecen su confianza y sus simpatías: artistas, escritores, ciudadanos de libre condición, que no deben sus posiciones al compadrazgo político ni al favoritismo palaciego.

Para estos hombres era el aplauso de la multitud. Y aquel aplauso, tributado por el pueblo á hombres independientes que son por sí mismos y por el amor de ese pueblo, resultaba protesta contra los otros hombres, contra los políticos y los santones, que le abandonaban y le dejaban sólo en su condenación á un Gobierno especulador y tartufo.

Sólo ha ido el pueblo de Madrid á la manifestación de ayer tarde. Solos han ido en el resto de España cientos de miles de ciudadanos españoles.

¿Solos?... Mal harán si eso piensan y dicen ciertos personajes.

Después de la tarde de ayer, los que se han quedado solos son ellos.

Bien es que así ocurra; y bien es que el pueblo vaya enterándose de que puede andar sólo.

JOAQUÍN DICENTA

El Liberal.

La manifestación

No ha ido únicamente contra Maura—oido bien, necios, egoístas, acomodaticios abstenidos—ha ido contra los malos pastores. Por no ir vosotros, cachupinescos socialistas, republicanos gubernamentales del régimen actual, demócratas y liberales, la manifestación ha sido más grandiosa.

No es sólo que no hagáis falta al pueblo, es que le estorbáis, porque sois sus castradores, porque le metéis en la boca del lobo, porque, al no confiar en él, como no confiáis, siendo más grande que vosotros, os declaráis incapaces de dirigirlo.

Si, por desgracia, hubiera ido Moret á la manifestación, se habrían abstenido la mayoría de los que ayer asistieron, temerosos de servirle de escalón. Tal es de impopular, que se teme derribar á Maura por miedo á que le sustituya.

La manifestación de ayer quitó caretas, desnudó de la toga á muchos primates, rasgó el pacto del bloque, dejó en ridículo á los abstenidos y demostró que el pueblo es el mayor jefe de sí mismo.

No necesita de pastores. ¿Hace un hombre algo bueno, como ahora Sol? Pues arríballo, sobre el paves. Y así á todo el que se distinga. Pero nada de guías vitalicios, de incondicionales directores, de jefes indiscutibles y de santones milagreros.

El pueblo es el soberano. Ayer recogió su soberanía. No la abandone jamás. Persista, sea tenaz, guíe, impulse, en vez de seguir y obedecer, y tendrá agua, tendrá luz, tendrá trabajo, tendrá libertad y tendrá vida, porque sólo viven los pueblos que merecen vivir.

¡Yo soy uno de ellos!, dijo ayer Madrid. ¡Ay del que no le atiendan!

EL PAÍS

DE MANIFESTACIÓN

Sácame la capa verde, la que en prenda me dejaron por dos duros, cuando vale, mal pagada, veinticuatro;

saca el traje que me hice con parte de aquellos cuartos que me regaló el Manazas cuando le absolvió el Jurado;

y en tanto me manifiesto como los hombres honrados, cuida el establecimiento cual yo acostumbro á cuidarlo.

Pon el bacalao de perro y el salchichón de caballo, junto á las sardinas frescas que compré el año pasado,

Echa harina en el azúcar, pon fuchina en el morapio y del alcohol industrial echa en el otro dos cántaros.

Ten cuidado cómo pesas, que quitando aquí diez gramos, y otros diez en otra parte, y en cada venta otros tantos, se va aumentando la hacienda,

y va el negocio marchando, que á céntimos se hacen duros, y millones con ochavos...

Así le dice á su esposa el tendero Juan Milano, y terciándose la capa, serio como un diplomático,

enciende un cigarro puro que compró de contrabando, y marcha á manifestarse como cumple á un hombre honrado

ZEDA

La Epoca.

De contramanifestación

—¡Jhon, el sombrero de copa! ¡Jhon, que preparen el «auto»! ¡Jhon, dame mi tarjetero! ¡Jhon, que venga el secretario!

—¡Don Paquito, no se olvide que estamos á fin de Marzo,

y hay que cobrar los azúcares, y hay que cobrar los Tabacos, y hay que cobrar el Canal,

y hay que cobrar en el Banco, y hay que cobrar, sobre todo, el picaro Estampillado!

—No me oye usted? ¡Es usted un postel!

¡Caramba! Lo del telégrafo.

No se olvide usted de ver al inglésito enviado

por Vickers. «Yon english spoken».

Yo voy á ver el escándalo que van á armar cuatro «golfos»

contra los hombres honrados. ¡Demonio! Lo de Marruecos.

No me olvide usted á la Hispano, y vea discretamente

cómo anda eso de la Vasco.

Y... dígame á la señora, que tiene la «tete» á pájaros,

que el señor de Peribáñez la visitará á las cuatro.

—Así hablaba un caballero, correctamente portado, mientras con regio ademán

chupaba un cigarro habano que una Sociedad benéfica,

de la que era usufructuario, cumpliendo ajea costumbre,

habíale regalado.

EQUIS

España Nueva.

ÇA IRÁ

Desde el Prado á la estatua de Castelar, cien mil personas «han continuado ayer la historia de España».

Sin jefes y sin gritos, con la actitud viril y sobria de los pueblos fuertes, la inmensa multitud no tenía otra voz que la del aplauso. De vez en cuando, entre los grupos, la gracia femenil gallardeaba las plumas de un sombrero ó los airosos flecos de un mantón.

Volvió uno la cara y saludaba á un pintor, á un músico, á un estudiante. Trataba de avanzar, y la levita de un banquero rozaba con la blusa del artesano. ¿No es este el pueblo? ¿No es esta la Agora? ¿Qué hace el Aristides de la Hidráulica Santillana? ¿Qué piensa el Alcibíades mallorquín?

Por la inmensa avenida, bajo el verdor de las acacias, negrea la inquietud del pueblo. Encaramados en los árboles, agitando sus gorras y sus boinas, los mozos sudan bajo el sol. Y en casas suntuosas y en hoteles regios, damas y señorones atisban, temerosos, tras los visillos.

—¡Esto es la entrada de los marseleses en París!—dice alguien, á mis espaldas.

Y la jornada del 10 de Agosto, más solemne por su silencio sin tambores, más imponente porque en vez de bayonetas y de picas se alzan sombreros saludando y manos aplaudiendo, resurge, bajo el sol triunfal, con el prestigio de una profecía.

A entrambos lados del paseo, en sillas y bancos, los burgueses espectadores miran con asombro. Las muchachas se empujan, y hay «tremolos» de plumas y guantes blancos.

Un farolero pone su escalera al pie de un farol. Un fotógrafo sube á la escalera para «enfocar». La disputa surge. El farolero teme

que si se enteran de que su escalera gubernamental ha prestado un servicio á la rebeldía, lo dejen cesante.

Las burguesas y los burgueses están interesados en la disputa, porque la disputa es su problema y es su símbolo. Ellos también son empleados; el Estado, el Ayuntamiento, la Diputación, el Banco, la Tabacalera, la

Trasatlántica, están allí, invisibles, detrás de ellos, vigilando hasta sus sonrisas, hasta sus mohines. Y ellos miran estupefactos á tanta gente, porque no pueden concebir que tanta gente haya tenido firmeza de manifestarse.

El soliloquio, pues, de cada burgués de éstos, viene á ser así: «Entonces, es verdad que hay en Madrid miles y miles de personas que, ó viven sin destinos oficiales, ó, con destinos oficiales y todo, son capaces de ir en manifestación... Entonces, yo...» Y una mirada melancólica ha brillado entre un gesto de esperanza.

«Luego los empleados podemos ser también como los demás hombres... ¡Ah, qué gusto!»

Ca irá... Todo esto vendrá abajo. Los pueblos en la calle tienen palpitaciones poderosas. El que no las perciba, carece del oído espiritual. Y los sordos de espíritu han desfilado por la Historia ó entre los soldados de Cromwell, camino de Whitehall, ó entre las picas y tambores de la Convención, desde el Temple á la guillotina...

CRISTÓBAL DE CASTRO

El Liberal.

Opiniones sobre la renuncia

Queremos un paladín para la Revolución; con que... «ahueca» Gumersin...

UN ELECTOR DE LEÓN.

¿Te vas?... Pues siga la lista, y ¡ojalá á tus soledades te acompañe don Melquiades!...

UN GACHÓ CON MUCHA VISTA.

Se hundió usted, sabio español... De este «hundimiento» de usted sí que de seguro sé que tuvo la culpa el Sol...

ECHEGARAY (DON JOSÉ).

Por andar con emolientes has rodado hasta el abismo. Tiene sus inconvenientes el gu-ber-na-men-ta-lis-mo...

UN «GOLFO» DE LOS PRESENTES.

Tu renuncia y tus despalantes los empecé á sospechar cuando hasta mí vi llegar «veintidós» manifestantes...

LA ESTATUA DE CASTELAR.

Lo dije en otra ocasión, por boca de Gedeón: «Si eres radical, séparate de don Gumersindo Azcárate...»

UNO QUE TIENE RAZÓN.

¡Hacer caso al pueblo ruin y abandonar un distrito tan bueno y tan baratito!... ¡Qué tontería!...

AZORÍN.

¡Ha estado usted en su papel!... ¡Váyase á casa sin miedo, que yo, en cambio, aquí me quedo!...

JUAN LA CIERVA Y PEÑAFIEL.

¿Con que te vas de Madrid?... La lástima es que nos dejas á Moret y á Canalejas...

UNO QUE HA DADO EN EL QUID.

Por meticuloso y lindo te ves en la Vía Apia... ¡Ya estás muerto, Gumersindo!... ¡Ya te caíste de un guindol!... ¡Buenas noches!...

LUIS DE TAPIA

España Nueva.

Hasta aquí las notas copiadas.

CON SU CUENTA Y RAZON

Para los liberales, los republicanos y los socialistas que no asistieron á la manifestación del día 28, parece haber sido escrito esto de Sebastián Faure:

«Antes, millones de hombres nacían esclavos y tenían en el corazón una pasión única: el odio á la servidumbre, el amor á la libertad. Y ¡qué irrisión!, en este siglo todos los hombres nacen libres, y parece que no tienen más que una pasión en el pecho: el amor á la esclavitud. No les basta con ser acaledados; suministran las varas, se despo-

jan del derecho y pierden el valor de sublevarse.»

A lo que hay que añadir:

«Si; pero hay que tener en cuenta, al menos por lo que respecta á España, que en la conducta de esos señores influye algo más vergonzoso que el miedo: el egoísmo.

Son muy pocos los que no cotizan con la monarquía, en una ú otra forma, los servicios que con la abdicación de sus derechos le prestan.

Suministran las varas para que ella les pegue, pero las cobran. Si no precisamente á la monarquía, al Estado. Y si no en dinero, en influencia y facilidad para sus asuntos y negocios.

LA POLÍTICA Y LA MORAL

Cierto que la Política no es la Moral. ¿Pero quién duda de que la moral ha de informar la política para que sea buena? Si se aceptase que entre ellas había independencia y separación absolutas, sería cosa de renegar de la una y de no creer en la otra. Ser un incorruptible corruptor, como quería un filósofo de la antigua Grecia que fuese el

hombre político, pudiera aceptarse en aquellos tiempos, en modo ninguno ahora.

¿Pues para qué se discute á diario, en la prensa como en el Parlamento, en la calle como en los círculos, á los hombres políticos, trayendo al debate sus hechos y sus dichos, su conducta y su pensamiento? Para contrastar su valía moral. Respétese, porque ejercen el poder, á los dioses mayores de la política, más á reserva de juzgar inexorablemente sus actos. La opinión no puede aun, por desgracia, nombrar y destituir ministros, que eso es obra de la Corona; pero hace y deshace hombres. Todos se someten á esa prueba terrible.

La sombra, el silencio, el misterio, son propios del absolutismo. La publicidad, la discusión, la luz son procedimientos liberales, que en vano se intenta destruir por la oligarquía imperante. Los que se ocultan, los que rehuyen la discusión de sus actos, los que niegan explicación de su conducta, hácenlo porque no pueden hablar. Quienes se dedican á la vida pública, no tienen derecho á pedir los respetos debidos á quienes se encierran en la santidad del hogar.

Imposible aceptar que, amparándose tras los prestigios de un cargo oficial, un embustero pueda ser creído, se encargue de administrar el procomún un pródigo, ni se encomiende la guarda del honor de la colectividad á quien no supo conservar el propio honor. Por eso interesa mucho al pueblo conocer á los hombres que desempeñan cargos públicos, ó aspiren á desempeñarlos.

Por eso nosotros debemos decir al pueblo cuanto separamos acerca de ellos.

En esta batalla nos presentamos peor armados que nuestros enemigos. Tienen ellos de su parte todas las ventajas que dió ó da el disfrute del poder. Nos escuda únicamente una historia intachable, que entregamos al público veredicto. Jamás la mentira manchó nuestros labios, ni la traición nuestras obras; jamás prometimos lo que no estábamos decididos á procurar, ni nos comprometimos á nada que no pudiéramos cumplir; jamás hemos modificado juicios antiguos sin dar razón de la mudanza, ni ocultado, con pretextos capciosos, los hechos cuyo conocimiento interesa á nuestros conciudadanos. Todo ello, no porque nos conceptuemos mejores que los demás, sino porque entendemos que tal es el deber de los hombres honrados. Regla de conducta esa para nosotros, se la aplicamos al prójimo.

Como no somos de los que se prosternan ante el dios Exito, ni ante dioses ningunos de un día, bueno será decirlo y recordárselo á los que creen que la iniquidad triunfante puede ser respetable, para ver si les merece respeto también la opinión de quienes entienden que en estas batallas no se debe cuidar de los laureles y provechos que sea hacedero cosechar, sino de obtener la aprobación de la propia conciencia y el respeto de la opinión, aunque el posible lucro se convierta en pérdida segura. *Fiat justicia et ruat cælum.*

Precisa hablar muy alto y muy claro. El lenguaje de los periódicos consagrados á la defensa del interés general, ha de conformarse con este precepto de Boileau: *J'appelle un chat un chat, et Rollet un fripon.*

Hay que llamar al pan, pan, y al vino, vino. Hay que decirlo todo en la mejor forma posible, pero con claridad meridiana. Si la verdad asusta, será porque su desnudez sea odiosa.

No de otro modo se puede combatir la corrupción que corroee á la sociedad española.

E. DE LA P.

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31